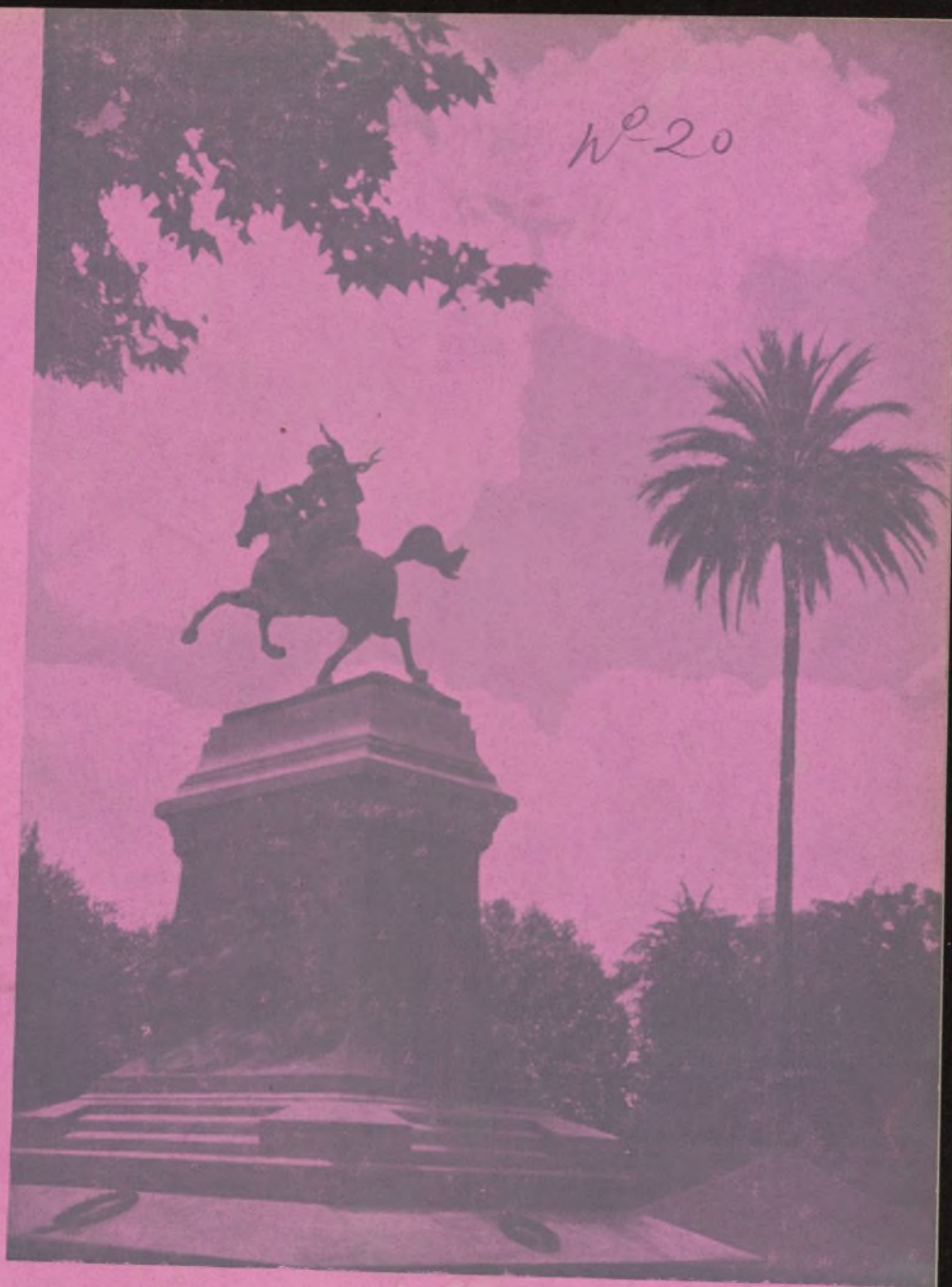


751

Nº 20



CäuCes

E V I S T A Ayuntamiento de Madrid L I T E R A R I A

INDICE

Portada: MONUMENTO A GARIBALDI	<i>Margara Muntaner.</i>
NUESTRA PÁGINA DE HONOR	<i>Luis Rosales.</i>
«ESPAÑA» Y VALLE INCLÁN.	<i>«Cauces».</i>
VALLE INCLÁN VIVIÓ EN ROMA EN OLOR DE SANTIDAD FASCISTA	<i>Adriano del Valle.</i>
(Dibujo de Juan Padilla)	
CANTO LIBRE	<i>José María Pemán.</i>
NO SE LO DIGAS A NADIE...	<i>Juan José Fernández</i>
EL CENTENARIO DE «RUY-BLAS»	<i>Pedro Montero Galvache.</i>
CANCIÓN DEL MUTILADO.	<i>Argimiro Aragón.</i>
CARTA A LOS ARTISTAS ESPAÑOLES	<i>José Aguiar.</i>
AL ALFÉREZ RAFAEL MANZANO	<i>Pragmacio Salgado.</i>
BAHIA	<i>José M.^a Hernández-Rubio.</i>
ROMANCE DE NOCHEBUENA.	<i>F. de los Ríos y de Guzmán.</i>
ROMANCE LUSO DE DON ENRIQUE PRINCIPE NAVEGANTE	<i>José de las Cuevas.</i>
Del próximo LIBRO DE LAS CRÓNICAS	<i>Francisco Montero Galvache.</i>
Humor: PARMENIA	<i>F. Gómez de Travedo.</i>
«EPIFANIA DEL TRABAJO» (Invocación)	<i>Benjamín Ramos García.</i>
<u>ENCUESTA LITERARIA:</u>	
FERNANDO DE LOS RÍOS Y DE GUZMÁN	
JORGE VILLARÍN	
Arte nuestro: JUAN PADILLA	
(Fotografía de José Fiallo)	
CALDERÓN Y LAS FUENTES VULGARIZADAS DE «LA VIDA ES SUEÑO»	<i>Miguel Gascón.</i>
FELIPE II, FIGURA DE ACTUALIDAD	<i>José Sanz y Díaz.</i>
EL OTOÑO DEL POETA.	<i>Pedro Montero Galvache.</i>
ANTENA LITERARIA	
BIBLIOGRAFIA	

Nuestra página de honor

De cómo encontraron la
luz los ojos de la Virgen

*Tú eres la luz, la estrella fugitiva
vió el aroma del mar en tu mirada,
y la extensión del agua sosegada,
y el verde silencioso de la oliva.*

*En tu dulce mirada pensativa
nació la luz y se sintió agraciada,
como queda el silencio en la nevada
y se pierde en el mar la nieve viva.*

*Tu sola claridad fué mensajera
como el cuerpo del álamo en el río
frente al ángel de Dios resplandeciente;*

*quedó llena de luz la primavera
como el cuerpo del álamo en estío,
y Dios puso su mano en la corriente.*

L u i s R O S A L E S

Ayuntamiento de Madrid

«España» y Valle Inclán

«España», el gran diario de Tánger que dirige Gregorio Corrochano, publicó recientemente un trabajo de Adriano del Valle sobre la vida en Roma de Don Ramón M.^a del Valle Inclán. En ese trabajo del poeta sevillano, se hablaba de que el autor del «Ruedo Ibérico» había vivido en la Ciudad Eterna en olor de santidad fascista.

Esto — en sí — tiene mucho de rescate literario, y sobre todo del espíritu religioso que, en el fondo, poseía Don Ramón, sobre el tono descarnado y rudo de su ambiente. Es cierto, que aquella extraña contextura moral del gran novelista no estuvo siempre al servicio de una labor robusta, rígida y misionera. Pero aún admitida esta verdad — en la que acaso cayera por el peso del ambiente en que vivía — es no menos cierto que la gloria literaria suya, nos corresponde plena y entera. Por el recio sabor heráldico de que estuvo ungida la figura del Marqués de Bradomín y por aquellas sobrias, pero exactas, descripciones del Palacio de Brandeso. Todo en Valle Inclán tenía hondas claridades: su lluvia, su hogar, su calor de familia, su ansia de capilla y de rezo. Era pagano, pero con una mezcla de humanidad y de preocupaciones divinas. Pero también tenía la inquietud de toda la posteridad que nos aguarda. Y al fin de su vida triunfó el ángel, que es suma de verdad y ritmo acelerado hacia nuestra meta.

Nos alegra que «España» haya publicado este trabajo de Adriano del Valle. Y nos alegra porque «CAUCES» dió, ya hace algún tiempo, una «Página de Honor» en glosa de su memoria poética. Y creemos que nos pertenece la primacía en esta evocación de su regreso. «España», gran diario de Tánger al servicio de ESPAÑA, ha acelerado, con la plumatimón, con la cálida prosa del más fino cantor de las gracias de María, la marcha hacia este rescate de la espiritualidad de Valle Inclán.

Esa soberbia espiritualidad emotiva, a cuya brasa, la misericordia divina habrá extinguido, generosamente, todas sus culpas terrenas.

Y como prueba de esta nuestra alegría por la iniciativa de «España» brindamos hoy, en el pórtico de este número 20, a Gregorio Corrochano, la reproducción del texto adrianista en el que se afirma el fervor español de Don Ramón M.^a del Valle Inclán que vivió en Roma, la Ciudad pontificia, en olor de santidad fascista.

«CAUCES»

VALLE INCLÁN VIVIÓ EN ROMA EN OLOR DE SANTIDAD FASCISTA

Volvamos una página de nuestro álbum romano y enfrentémosnos con otra viñeta que pudiera titularse así, como un grabado antiguo del Piranesi: «Veduta dell'Arco di Costantino e dell'anfiteatro Flavio detto il Coloseo».

Roma. Año de 1933, XII de la Era Fascista.

En la Embajada de España, instalada con inigualado esplendor en el Palacio Barberini, aposentábase Gabriel Alomar, Mefistófeles diabético y pizpireto, con cara de ratoncillo Pérez, en su traducción mallorquina del ratón Mickey norteamericano. Por los círculos diplomáticos de Roma, Gabriel Alomar alardeaba de bohemia espiritual a base de sus románticas chalinas. Alomar preparaba un libro sobre la Italia fascista que pensaba titular así: «Vía Sacra».

Pero la máxima figura española de Roma, era en aquellos días, sin duda alguna, Don Ramón del Valle Inclán, Director de nuestra Academia del Janículo.

—¿Qué pensará Don Ramón sobre lo que está aconteciendo en España—, preguntábame a mí mismo, al preguntárselo también a Gregorio Prieto, el gran pintor español pensionado en Roma?

—Puedes visitarlo, antes de que sea demasiado tarde, ya que está muy enfermo. Don Ramón vivirá poco tiempo—, me contestó Gregorio Prieto.

Fuí a visitarlo.

Conté hasta ciento cincuenta y siete escalones romanos en mi subida hacia el Janículo, antes de llegar a Don Ramón del Valle Inclán; y ya que conté tantos peldaños ilustres, contaré también aquí, en esta misma página de mi álbum de Italia,



palabra por palabra, cuanto me dijo Don Ramón, aquel paradógico carlista-liberaloide que vivió en Roma en olor de santidad fascista.

En efecto, Don Ramón estaba muy enfermo. Padecía un fuerte ataque de hematuria, y de tal intensidad algunas veces, que, cuando salía a pasear por el jardín de la Academia, no era raro observar cómo Don Ramón solía metamorfosear, si así le placía a su incontinencia, la blancura de las margaritas silvestres en rojos pétalos de envenenadas adelfas.

Sumamente espiritado, sólo por su gran fuerza de voluntad y merced a lo mucho que tenía Don Ramón de faquir indio, cumplíase aquel prodigioso milagro de su verticalidad humana al resistir la confrontación del paisaje de Roma con su atuendo de enhiesto espantapájaros gloriosamente mutilado, siendo algo así como el condestable Millán Astray de los escritores españoles.

Valle Inclán se me apareció entonces como un viejo saurio del Nilo puesto en pie, defendiéndose, obstinadamente, de una muerte demasiado civilizada, y ya en trance de arrastrar consigo mismo, al fondo del gran río sagrado de los Faraones, el secreto de los más indescifrables geroglíficos de las Pirámides... He aquí lo que Valle Inclán contestó aquel día a mis preguntas:

—¿...?

—Sí, indudablemente; me embarga ahora la emoción evocadora del Imperio Romano, del neo-imperio romano, diríamos mejor.

Me place ir, frecuentemente, al puerto de Ostia, al mar de Roma, como le llamaban los latinos, para evocar allí el regreso de Escipión, después de su victoria sobre Aníbal, por la que el Senado le sobrenombró con el título de «Africano», luego de erigirle una estatua en el Campidoglio. Hasta entonces, ningún Capitán había prestado a Roma servicios tan eminentes. Había liberado el suelo de Italia de una invasión que duró diez y seis años, y había restablecido el signo de Roma en Iberia. Porque el gran Capitán romano venció al cartaginés, hablamos hoy en España un dialecto latino, una lengua romance, y no una lengua africana; porque Escipión ganó la batalla de Zama, somos católicos y no profesamos una religión de origen y liturgia negroide; nuestro Derecho es romano y no púnico. Así, en el primer siglo del catolicismo, la lengua litúrgica es todavía griega porque era la época del filo-helenismo y en Roma se hablaba casi más griego que latín. Más tarde, el catolicismo se difunde en lengua latina, pero por Africa, porque africano fué Tertuliano y africano era San Agustín, el Obispo de Hipona. Los africanos, ardientes y ascéticos, eran más católicos que el Papa. Su exageración intransigente produjo herejías contra Roma, que tenía un espíritu más abierto y más amplio. Contra la Roma que defendía las leyes naturales. Al penetrar el Catolicismo en España se señalan dos tendencias: la romana o universal, que se simboliza en Santiago de Compostela, y la nacional, que se cifra en Sevilla primero, y en Toledo después.

—¿...?

—Sí. Fueron nuestros Reyes Católicos, Isabel y Fernando, quienes ordenaron al Bramante que construyese ese maravilloso templete de la colina del Janículo, o «San Pietro in Montorio». El nombre pagano—Janículo—alude al templo del dios Jano que allí se levantaba en la antigüedad; el nombre cristiano—San Pie-

tro in Montorio—alude a las arenas doradas por el martirio de San Pedro, en una de las más bellas colinas de Roma.

—¿...?

—¿El Fascio? El Fascio no es una partida de la porra como generalmente creen en España los radical-imbeciloides, ni un régimen de extrema-derecha. Es un afán imperial de universalidad, en su más vertical y horizontal sentido ecuménico. De las estrellas a las florecillas de San Francisco de Asís. Aquí está Roma, allá abajo, ofreciéndose a nuestra contemplación como un espléndido paradigma de mármoles gloriosamente mutilados por los siglos, con su Vía del Imperio—la obra cesárea de Mussolini—donde se alzan cuatro estatuas ejemplares para todos los pueblos del orbe: Julio César, Octavio Augusto, Trajano y Nerva. Porque Trajano fué español, y Nerva fué elegido emperador por las legiones hispanas y galas. Por eso también España fué Roma, como lo era todo el mundo conocido, hasta los finisterres que se adentraban en el Mar Tenebroso. Y si el catolicismo logró universalidad y junto al poder espiritual tuvo sus imponderables geográficos, fué porque era también Roma. Porque era la voz y el brazo de Roma en un quehacer de católica liturgia. Y esta continuidad en los designios de Roma es el Fascio, hasta el punto de que si tuviera algún día realidad política aquella famosa utopía de Briand, los Estados Unidos de Europa tendrían su capitalidad en Roma, ya que todo lo moderno de Europa es lo viejo de Roma.

—¿...?

—Exactamente. El Fascio es también sacrificio. Por ejemplo: Mussolini prohibió la elevación de los alquileres, y a su vez, gravó la propiedad urbana. Los propietarios visitaron al Duce para exponerle que ya casi no había un modo cómodo de seguir siendo propietarios. Y Mussolini contestó así: «Eso mismo se viene diciendo desde el tiempo de los Gracos, desde hace 2.000 años, y, sin embargo, vosotros todavía seguís siendo propietarios».

—¿...?

—No. España no ha tomado por canon su propia Minerva, ni ha tenido originalidad en sus sistemas de gobierno. Por eso los modelos extranjeros tienen tan mala aclimatación en España y nos resulta tan funesto el régimen constitucional inglés. Y no hablemos de la democracia de la orilla derecha del Sena. Y es que en España todos tenemos en la sangre unos glóbulos rojos solidificados por la demagogia, que cuando se liquefaccionan, a veces, paradójicamente, dan un precipitado de falsa sangre azul. Y ésto lo estamos observando, bien claramente, en los primates—en ciertos casos como el de Prieto, primales—de nuestra política socialista.

—¿...?

—En tiempos de Esquilache se estableció en Madrid un sastre francés. Al francés le dió por imponer la moda de abrir los pantalones por delante, que es como los llevamos hoy. Quiso imponer esta moda en contra de los pantalones llamados de ventana, a la española, que era lo tradicional en aquel tiempo. Los sastres madrileños, perjudicados según ellos, se indignaron porque se consentía a los españoles llevar los pantalones cortados a la moda francesa. El conde de Aranda resolvió el pleito con una disposición que decía así, poco más o menos: «Todos los españoles podrán vestir los pantalones como les dé la gana, menos

el verdugo, que forzosamente tendrá que llevarlos a la moda francesa». Entonces, todo el mundo, sin rechistar y para diferenciarse del verdugo, volvió a llevar los pantalones de ventana, a la moda española.

Yo le contaba esto a Azaña—seguía diciéndome Valle Inclán—recomendándole la fórmula del conde de Aranda para resolver el problema catalán con una disposición parecida, algo que dijera así: «Todo el mundo podrá hablar el idioma que le dé la gana, menos los viajeros catalanes, que deberán hablar, forzosamente, el catalán». Así dejarían de hablarlo en cuanto llegasen a Zaragoza. Y esta es tal vez la posible solución del difícilísimo problema político actual. Problema cuya madeja ha enmarañado la República: no prohibir, sino obligar. Obligar a los españoles a que hagan lo que quieran, que es la fórmula mágica para conseguir que ya no quieran hacerlo. Pero Azaña—siguió diciéndome Don Ramón—, y muy tarde lo he comprendido, es un memo político que se está convirtiendo en un monstruo, o es un monstruo que se está convirtiendo en un memo.

Esto fué lo que me dijo en Roma Don Ramón del Valle Inclán, cuando vivía allí en olor de santidad fascista. Este fué el canto del cisne, de ese cisne negro, auténticamente virgiliano, que era Don Ramón.

Yo, amigo de la Verdad tanto como amigo de Platón, después de dar fe de sus palabras, firmo y rubrico. Amén.

A d r i a n o D E L V A L L E

Guardia Jalifiana del Caudillo: bayonetas al viento de Castilla, evocador y alto, que estalla en las sienes y turbantes de los hombres, unidos a Franco, en la heroic proximidad de los campos de Africa.



Foto José María HERNÁNDEZ-RUBIO

Canto libre

1

¡Vamos, amor, bajo la lluvia!

Vamos, amor, que el aire tiene un joven
y tierno despertar de angustias!

¡Vamos, amor, bajo la lluvia!:

a flor de piel la vida, el pensamiento
dormido en la renuncia
de saber el porqué de la alegría
y el dolor..

¡Y en mis manos temblorosas
la gracia vegetal de tu cintura!

2

Porque es igual que tú, claro y sereno,
estoy enamorado del otoño.

Adoro los cipreses porque son,
como tu cuerpo, conjunción suprema
de arquitectura y música.

Y adoro
ese verde con sol de los pinares,
tan parecido al verde de tus ojos.

Adoro esa tristeza sin palabras
que guardamos los dos, como un tesoro...

¡y esa risa sin risa
que, como una limosna,
por caridad, le damos a los otros!

J O S É M A R Í A P E M Á N

Ayuntamiento de Madrid

NO SE LO DIGAS A NADIE...

—Escucha, madre,
como gimen los cisnes
en el estanque.

—Madre, no se lo digas a nadie.
Tengo una novia rubia
en el alcázar del aire.

La conocí
una noche de vendavales
rotos, cuando los cisnes
muertos de miedo, huyeron
hacia los valles.

El ocaso, tinto en sangre,
entre dos agujas altas
—meridianos del aire—
huye del guardia lucero
que le persigue brillante
de ira verdeamarilla
hacia el final de la calle.

—Escucha, madre,
como gimen los cisnes
en el estanque.

Pensamientos desvaídos
buscan inquietudes planas,
planas de planos cristales.

—Madre, no se lo digas a nadie.
Tengo una novia rubia
en el alcázar del aire.

La conocí
una noche de vendavales
rotos, cuando los cisnes
muertos de miedo, huyeron
hacia los valles.

Juan JOSÉ FERNÁNDEZ

Ayuntamiento de Madrid

El centenario de "Ruy-Blas"

1.

Durante la celebración del centenario de Ruy-Blas, las multitudes francesas, tarde tras tarde y noche tras noche, han acudido a la *Comédie Française*, como en una santa peregrinación, a arrodillarse ante el genio colosal de Víctor Hugo, Padre y guión señero del Romanticismo.

Y a arrodillarse, también, a pesar de «*tous les Fronts Populaires*», más o menos al borde de la bancarrota, ante el Genio de España.

Porque en Ruy-Blas, que cierra la evocación de dos siglos de la historia española—abierta en «Hernani»—el sol de la hegemonía de la Casa de Austria se inclina a su ocaso, pero el alma de España, el alma-mater de una raza, triunfante del dolor y de la muerte, como en la comedia benaventiana, brilla con el fulgor soberano de la inmolación, acaso el más santo y sublime de todos los fulgores.

En «Hernani», la supremacía austriaca, al servicio de la Monarquía Imperial, que gobernaba, desde el Trono de la Reina Católica, a más de medio mundo, en el Nombre de Dios; el canto apasionado a la empresa, plena y lograda; la exaltación de los valores eternos de un imperio, que fué brazo de hierro de la cristiandad, en triunfo universo y telúrico.

En «Ruy-Blas», la elegía dulce y melancólica, a la fortuna de los Habsburgos; el crepúsculo sombrío de un concepto de imperio, que ahora vuelve a sonar sus campanas de victoria, en los brazos fuertes y en el cerebro de elegido, de Franco, el Caudillo; y la cólera santa y humana—y española—ante el despojo trágico de la inmensa Monarquía, carga demasiado pesada para los hombros de un rey enfermizo, atormentado de escrúpulos y ritos de supercherías, envilecido por una Corte de logreros sin talento (que es la última y más desdichada especie de mercaderes).

Pero siempre, por encima de las agonías y las fortunas, más allá de la gloria del triunfo y del dolor de la inmolación, el alma de una Raza, capaz de salvarse, y de salvar a toda una civilización en crisis, en las horas solemnes en que tiemblan los arcos-clave de la Historia.

Perdonemos a Víctor Hugo la deformación de los caracteres, de las leyendas y de los tipos españoles; y en este primer centenario de su «Ruy-Blas» unámonos a las multitudes francesas, que acuden a arrodillarse ante el Padre y Señor del Romanticismo, y ante el Genio de España, como en una santa peregrinación.

2.

Romántico, definidor de un movimiento literario, Señor de una escuela y un estilo—la más bella escuela y el más bello estilo—Victor Hugo, exageró la metáfora, llegó a la hipérbole, rindió culto a esa fuga hacia lo Ideal, que es la esen-

cia y la razón de ser del Romanticismo, pero interpretó como nadie, la hondura y la médula de nuestro ser racial.

A él, nuestro perdón y nuestro fervor, y nuestra gratitud.

Como al Cid, como a Don Quijote, como a Don Juan.

Pero la vuelta del Ruy-Blas a la Comedia Francesa, ha logrado otra victoria: la de ese mundo en que se mueven las sombras adoradas de Sarah Bernhard Febre, Juliette Drouet... ¡Oh Juliette Drouet! Tu final no fué trágico, como el de una bella dogaresa, ni el puñal se clavó en tu cuello, blanco como plumaje de cisne, ni el veneno de una Borgia celosa mordió tu carne... Tus ojos se cerraron con dulzura, después de una vida intensa, en la que el amor hizo florecer sus rosas; y la envidia y el despecho sus flores malditas.

Nadie, como tú, más cerca del alba del Romanticismo; nadie como tú, más cerca de la devoción y del olvido de aquel gran corazón que fué Víctor-Hugo... Nadie como tú, con más derecho a la gloria de la evocación y al honor de las recordaciones. Y al derecho a ser ungida en olor de gentes y de siglos.

Esas cartas inéditas que acaban de publicarse, bajo la firma de Paul Souchon, hablan bien alto de la belleza de tu destino. Por eso, las ediciones de ellas se agotan rápidamente. Por eso, y por la maravillosa supervivencia de lo romántico. Acaso madame Víctor-Hugo, soñara para tí, un trágico y hermoso final; pero la Francia del XIX, no era la Venecia de las dogaresas. Ni la estrella roja de Catalina de Médicis alumbraba ya las noches de Europa. Y solo quedaba a sus celos, una válvula de escape: hundir en el corazón de la afortunada rival—en tu corazón, Juliette Drouet, tan unido al alba del Romanticismo—la espada de dos filos que atravesaba el suyo.

Solo ese tormento delicioso faltaba a la claridad lustral con que tu arte alumbraba tu alma. Y lo gozastes hasta tu muerte, con esa tremenda delectación morbosa con que las hiedras se enredan a las ramas de los mirtos, en los jardines de algunos palacios abandonados.

P e d r o M O N T E R O G A L V A C H E

CONDUCTA

“Contraer un hábito por imitación de los mejores ejemplos; irse creando así un estilo, una ritualidad de conducta y un ritmo total del cuerpo y del alma acelerado hacia la meta”.

JOSÉ ANTONIO

CANCION DEL MUTILADO

Quiero un rincón de cielo
donde son las estrellas pájaros huyendo amaneceres;
allí donde el acero
floreció los amarantes en mi costado.

Quiero un rincón de cielo,
para decirte las rosas y el amor,
con esta voz antigua que se ahoga en el fondo de mi sangre,
aunque mis brazos no puedan ceñirte la cintura,
porque mi tacto se escapó del cuerpo
en un lejano hospital del frente,
aunque tenga la cara marcada de explosiones...

Quiero un rincón de cielo,
quiero tu beso, sin embargo,
quiero tu corazón,
exaltado, golpear sobre mi pecho.

En la hora solemne,
para decirte que te amo,
cuando la paz que alumbra...,
quiero un rincón de cielo;
quiero... Si la tristeza
me cuelga de los ojos como un llanto,

Para ti,
quiero un rincón de cielo.

A r g i m i r o A R A G Ó N

Carta a los artistas españoles

Comprendo que sea a nosotros, artistas, a quienes nos alcanza más, en esta hora, la ambición de un estilo. Entendámonos: un estilo no se crea, nace: pero no puede haber una angustia colectiva tan honda, tan amplia, tan total, sin que lo presienta. Así fué siempre y jamás surgió un gran arte sin que calara nuestra vida una agonía auténtica, esto es un trance de superación. Ahora bien: un estilo es, ante todo, una jerarquía de valores espirituales. Súbitamente y por modo trágico nuestra vida cambia. Anteponemos con ella valores morales en desuso, olvidados, les damos prioridad y nos asimos a ellos, de pronto, como a la única tabla de salvación. Una mutación así, de alcance tan profundo, en que las calidades de un pueblo están tensas hasta su límite, significa eso ante todo: El retorno de su espíritu a una jerarquía de valores eternos que fueron, son y serán el índice de su estilo.

Nuestros valores son valores de pasión. No fuimos por ello barrocos y somos en cambio, realistas, lo que no es igual. ¡Qué duda cabe que suplantamos ese realismo con un casticismo falso! Quizá en arte como en todo porque el llamado casticismo español de fines y principios de siglo estaba oscilante entre el cacharro velazqueño y la manzana de Cezzane. No se comprendía la grandeza de lo que se invocaba, y por otra parte, nos angostábamos en un arte que no era propiamente clásico (quiero decir de concepto) y que abandonaba las grandes ambiciones. Era un arte para andar por casa, de mocita, abanico y cacharro talaveraño. Se perdieron las grandes inquietudes y con ellas el mito—tesoro del artista clásico—enterrado por el cuarto de historia. Porque nuestro gran realismo plas-maba coros celestiales al tiempo que hacía pesar, en un mismo aire y luz, las densas casullas del «Entierro». Era el milagro de la unidad Mundo y trasmundo vivieron en nuestro arte porque ambos se completaban en la síntesis de lo español. (Quizá es solo Rosales el único espíritu que se debate en la agonía de la época. El único que tuvo pasión española y voluntad angélica).

Cuando nuestra juventud quiso ser rebelde, es decir, creadora (y la rebeldía auténtica parece iconoclasta solo porque crea) se acogió alegremente a módulos extraños por el hecho de que tenían una cotización pseudo actual. Aquí solo tuvimos modestas versioncillas del manifiesto de Apollinaire—retrasados por cierto—y del retractado Marinetti. La posición de Ortega—«Deshumanización del Arte»—también por él superada, hizo poco daño. Nuestros artistas leían poco. La vanguardia, fermento intelectual, nos llegó por estampas de revistas. Ahora bien: como la rebeldía, en Arte, no es nunca colectiva, dimos a ella—ironía de lo español—sus dos cabezas visibles: Juan Gris y Picasso. La posición picasiana, funambulesca, personalísima, era una enseñanza: pero no puede ser un camino. Lo picasiano es, precisamente, deleite de la pirueta, el hacer piernas milagrosas sin emprender una ruta, sin más fin que la pirueta por su gracia misma. Ahora vamos viendo claro, en cambio, que «esto» no es todo el Arte. Quien sabe si no lo es siquiera del que se escribe con mayúscula. Hacía falta la presencia de una

gran angustia para que comprendiéramos (como lo presentíamos ya, como quizá lo olvidamos) que el Arte es, ante todo, una actitud patética del espíritu frente al Universo: quizá un partido en la lucha por los valores eternos. Siempre fué así: «La pittura figliola de Dio» como en la frase de Leonardo. Vanguardia, «ismos», arte social... Toda la vanguardia de unos años no ha unido tres palabras con la potencia trágica del «¡Viva la muerte!» de nuestra vanguardia auténtica. Por eso nuestra hora es esta: la de ganar a un mundo sensual terreno para la Gracia, es decir, para lo perenne. Conquista sí, conquista, cartografía del milagro. No cabe perder dignidad ni encoger ambiciones. Antes, cualquiera, de la noche a la mañana, podía ser un artista con pretensiones. Faltaba lo preliminar de una devoción: el respeto a una jerarquía artesana y nobilísima. Como que la anarquía era, precisamente, don preciado a lo rebelde: Confundían la «fuga» del espíritu con el prejuicio de excluir esto o aquello, como si un arte fuese obra de exclusión o acarreo.

Ya lo sabían bien—y lo aprovechaban—los judíos marchantes forjadores de ese gran fraude de *l'art vivant*.

La degradación del oficio a categoría manual, sin parentesco con su tradición de noviciado, ha sido un fracaso para nuestra cultura. ¿Cómo podía volverse a ella cuando el maestro con su sentido misional no existía? El artista por consecuencia, se gastaba y envejecía joven porque su concepción estética era manual, casi de parentesco deportivo. El estilo no seganaba purificándose, a la manera antigua. Este retorno al rango noble de nuestro arte implica dos cosas: primero, la vuelta al verdadero concepto de la pintura, es decir, a lo monumental. Segundo: el rescatar lo oficial para que sirva, como en las grandes épocas, a tal empresa. Niego que dejemos de tener una tradición monumental (aunque quizá no mural) allí donde se acometieron—repitémoslo—con igual pasión lo humano y lo angélico. Pero el problema, para nosotros, se plantea además en una hora providencial: aquella en que amamos un orden nuevo y un *splendor ordinis*—como en la expresión tomista—para la Belleza. Ligar a este fervor nuestra pasión ¿no es, al fin, un gran destino nacional? Como españoles amamos un sentido profundo de la personalidad. Nuestra libertad, la auténtica, no es más que su desarrollo. Nuestra disciplina—también artísticamente—vendrá por el camino de nuestra libertad y ambas serán una misma cosa.

Importa exaltar esa mística nacional. La reverencia del cuadro de historia fué hueca, de parentesco romántico. Guardarropía al fin. Hacía falta que las grandes pasiones se llenaran de contenido humano, de fatalidad tremenda: que salieran con el alma forjada, como aquí en Castilla, en calidades inéditas. Por eso ahora lo popular debe ser lo nacional y lo nacional, mito, es decir, pura potencia,



"ALBORADA".—M. Muntaner.

mística para que el rito sea, entonces, la versión popular de una disciplina. Reconozcamos que nuestros artistas españoles han sufrido el clima más desfavorable de país y época alguna. No sabemos que hubiera sido del Renacimiento—hora también de luchas trágicas—con un mundo así, donde al menos no se le ocurriría a las masas destruir la riqueza artística de la Patria. (No tenían cultura proletaria; pero la tenían artesana, de limpio amor y respeto por «su» obra). El Arte español estaba desplazado de lo nacional con una tara social más a que acudir. Así el Estado lo atendía por concepto de beneficencia. Y no creo que fuera necesario para una más alta labor mayor cantidad de dinero de la empleada. No existía concepto de una política de Bellas Artes. Desde la Monarquía hasta la Institución Libre pasando por los intelectuales, la vida española era ajena a la idea de un Arte Nacional. Una muestra: la Ciudad Universitaria donde se excluía el Arte español como vergüenza nacional. La casa de Velázquez tuvo que ser francesa para dar al paraje una arquitectura madrileña. No les cabía en la cabeza que una época está definida por el estilo de su Arte y que ello delata siempre, siempre, su capacidad de futuro, su huella histórica.

Sé por testimonio directo, que la juventud artística española está en cuanto tiene de solvente—¿y cómo me sé los nombres?—del lado de nuestra España. Tenía que ser cuando estaban de vuelta hacia un sentido noble, digno, severo, de lo español. A espaldas de lo viejo, sin pastiches ni suplantaciones, porque aquí también había política, caciques, santones, y comparsa. Y esta empresa es de todos nosotros y está llena de ambiciosas consignas. No sabemos—un estilo no se crea, nace—si la hora nueva nos está encomendada en toda su grandeza; pero hay que preparar el alma para recibirla en este mundo de realidades descarnadas y exactas en el que Dios parece tan cerca de nuestra España que casi nos rozan las alas de los ángeles.

J o s é A G U I A R

RUMBO

Nuestra vida ha de tener, en lo sucesivo, sabor de viejo juramento familiar. Se forjará en la dureza de todas las privaciones, y alcanzará, como lo heroico, el santo laurel de la paz de los ángeles. Vida religiosa, en suma.

Al alférez Rafael Manzano

En el ángulo recto de tu brazo vencido
ha firmado una musa su madrigal doliente
y en la larga distancia de sus sueños ardidios
un manojo de nardos te colocó en la frente.

Todo el norte en tus ojos con el azul preñado
de calientes ruinas de una belleza huraña
y en tu alma escondido, el paisaje tronchado
que señala la gloria y el destino de España...

Poeta en las orillas de los marinos sonos
donde peinan las tardes sus cabellos de espumas
y el viento bebe ufano su voz hecha canciones.

En el ángulo recto de tu brazo vencido
tu musa te ha bordado con tafetán de brumas
el verso más valiente por tus años vivido.

P r a g m a c i o S A L G A D O

Ayuntamiento de Madrid

BAHÍA

.....a M.

¡Qué amor sería
Yo,
Qué amor sería!
En la noche clara
Y la mañana
Dormida.
¡De la niña
De plata;
La del alma
Herida!
¡Qué amor sería
Yo,
Qué amor sería!
De la rosa,
En el viento
Blanco
De mediodía...
En la tarde
Dolorida
De sed
Verde
Y tornasol;
Infinita

De cielos
Y estrellas
Imprecisas.
¡Qué amor sería
Yo,
Qué amor sería!
Del reflejo
De luna
En la bahía...
En la barquilla
Marinera
De la brisa...
¡Qué amor sería
Yo,
- Vida - ,
A la luz
De ese lucero
De oro
Que nos mira...!
¡Qué amor sería...!
¡Yo,
De tí!

José M.^a HERNÁNDEZ-RUBIO

Marruecos.—1938-III.

Romance de Nochebuena

¡Nochebuena, Nochebuena!
En el Portal de Belén
nos da su mejor perfume
la Rosa de Nazareth.

Con su aroma nace el Verbo,
lirio del amanecer,
aliento que nos alienta,
tierno Sol del tierno Edén.

En aquella medianoche
nace el Sol de nuestra fe,
alto Sol de la alta noche,
Sol de eterno amanecer.

Pañal de tisú de plata
le quiere la escarcha hacer
y la mano de la luna
mantillas de esplendidez.

Si el Niño tiembla de frío,
cáliz de tierno clavel,
calor pastoril de establo
le dan la mula y el buey.

Se corre la buena nueva
como aroma de un vergel
en las alas de la brisa
y de la brisa a merced.

Llegan a adorar al Niño
los pastores de Belén;

tráenle miel de Palestina
de adoraciones en miel.

Pasto de amor los pastores,
con mieles de sencillez
panal de éxtasis le ofrendan,
luz de hinojos a sus pies.

Niño de aurorales rosas,
que en pajas fuiste a nacer,
las pajas de tu pobreza
son rayos de oro de ley.

El rocío engarzà en ellas
celestial traslucidez
de aljófares y diamantes,
lágrimas que astros se ven.

Y, Tú, capullo de rosa,
tiñes de tu rosicler
— duple aurora en tus mejillas —
la nocturna lobreguez.

Una estrella de amplio manto,
estela de azul bajel,
magia de mágicos reyes
traerá a tu magia de Rey.

Niño de llamas divinas,
límpido Sol de Belén,
¿cómo las pajas no arden
en la hoguera de tu ser?

Fernando DE LOS RÍOS Y DE GUZMÁN

Ayuntamiento de Madrid

Romance luso de Don Enrique Príncipe Navegante

«Nunca Alexandre on Cesar nas confusas
guenas o estudo deixam grande espaço;
que as armas jamais d'elle sao excusas »

(OS LUSIADAS)

Al capitán Botelho, capitán de Portugal, ibérico; con
quien todo español tenemos deuda.

Celebra Portugal el recuerdo de Don Enrique el Navegante, infante recluido en Segres, prisionero de la náutica y del esfuerzo en la punta iluminada de los Algarves. Don Enrique tiene en la historia peninsular una obscura efigie transparente, algo así como un fantasma detrás de una vidriera abier'a al mar, de noche. Se le vé andar en el recinto amurallado lleno de mapas, de timones sin estela, de restos de navegaciones perdidas. Don Enrique tiene su saudade portuguesa, esa saudade poética que todos nombraremos al escribir de Portugal, en el puñado de algas pajizas que cuelgan del artesonado de su habitación o en el pedazo de marfil rudo, sin pulimentar todavía que un marino trajole un día de sus viajes al misterio, al socomoro y a la canela dulce de las Abassidas.

Cuando se escribe de él hay que cerrar los ojos. En la niebla terrible del Atlántico aprisionando los acantilados del Cabo de San Vicente el gran príncipe, primer poeta real en toda una dinastía de poetas enterrados, atisbaría el Oriente magnífico, reptador, como una serpiente magnética que se arrancara de los encinares sombríos de los Ourigues. Es un océano desnudo entre cuatro paredes. El océano mágico de un mundo insatisfecho. Desde la prehistoria el Atlántico tiene desnuda la cintura en el confín de los sueños absurdos, en la estiva de todas las aventuras imposibles. El Océano de la Atlántida, de Adamastor, del ingenuo periplo de Hannon. Allí estaba la isla de Madera que él descubrió, sin moverse de su estudio, quieto sobre sus planos. La isla de Madera que estuvo ardiendo siete años seguidos y aún estaba repleta de bosques. Y las Canarias, Hespérides de naranjas dulces. Y el Congo de Diego Cam y la Mandinga y la provincia del Jalopo. Y las Dorcadas, gorgonas de coral en una madrugada verde y aceitosa. Y la Cruz del Sur. El Infante mago de la cartografía, estilista en la difícil quiromancia de las brújulas saltadas, capitán en un sillón frailerero tiene un arcón guardado de sándalo, cinamomo y almizcle.

En la noche estrellada de los trópicos se adivina su sombra andariega, inexistente, fantasmal, midiendo paso a paso las rocas del estrecho desconocido. Abriría los balcones del observatorio al amanecer. Entre caravanas de papeles, de mapas, de cartas surge en la niebla de nuestra vida ajetreada, inútil, el silencio pesado, hondo, de meditación, digno de descubrir mundos que debió reinar en aquella punta del Atlántico. Ahora cuando la tierra no nos deja un segundo de serenidad, se sueña entre voces, en la tranquilidad de la corte estudiosa de Don Enrique, ermitaño de su pasión, aventurero desde una celda, almirante de una escuadra de visionarios sin saltar una sola vez por la ventana.

Porque Portugal hermana pequeña de España es casi siempre la que lanza la sombra de toda la Península. Algo así como el hermano de Teresa, como Marina

de Hernán Cortés. Portugal nos dá para la pasión de África, exacerbada, siempre de nosotros; para el imán de la palmera y de la arena blanca, el espíritu, la vanguardia subjetiva—como queráis llamarla—del rey benjamín loco de esfuerzo por conquistar una mujer nuestra. Brazos tibios quieren cortarle el paso. Y consejos de sabios. Y párrafos de latinistas. Pero él tiene entonces el genio turbio y magnífico de toda una raza. El, es entonces la encarnación de una pasión ibérica. Aunque se deje los barcos en el mar y los hombres en el desierto la sangre infantil, joven, sin madurar aún, de Don Sebastián está llamando al Imperio como las estrellas de los romances navieros en el palo mayor de los destinos. Portugal tiene también con el romance de Don Enrique la ilusión étnica del trópico, de la carne áspera, de la fruta azucarada. Sin moverse de su sitio—quizás para hacer inmortal el gesto de las letras—Don Enrique planta su bandera harta de medir alturas de sol, sabia en astrolabios sutiles, empapada «de lluvias oscuras, de noches tenebrosas» en el circuito intelectual y reducido de sus pergaminos náuticos como una enseña de fé a los que aún no perdimos la angustia física de los libros y a los que todavía creemos en la lluvia la llamada astral hacia los sueños marítimos y hacia la carne de sirena, rubia de sal.

Así fuimos abriendo aquellos mares
que otra generación jamás abriera
las nuevas islas viendo y nuevos aires
que el Generoso Enrique descubrió.

dijo de él Camoens en su claro poema, pálido de cárcel rizada como la palma del domingo de Ramos que se colgara en el balcón de Lisboa, una Lisboa crecida, imperial—cuando entraran los barcos de la India en la bahía. Pero Luis de Camoens, del solar de los Caamaños, gallego de estirpe, debió pensar más en el concejo, en la feligresía y en el lar y acordarse de Don Enrique, generador de una raza de aventureros, preparador de una generación de locos gigantes para empezar su poema no en una imprecación o en el Olimpo, sino en las cuatro paredes del Cabo de San Vicente donde se estaba bordando un continente en noches astronómicas.

Aunque Enrique no hubiera hecho nada, aunque todo se hubiera quedado en el papel, siempre tendríamos su sombra detrás de nosotros atormentándonos. Porque él es el silencio logrado, espeso, fecundo. Y porque sobre todo aún en las horas de aburrimiento cotidiano, cuando todo pasa en un minuto estérilmente, soñamos en su claustro marino y estelar, al pie de los naranjos y de las tempestades, gaviota de tierra, golondrina del mar.

Aquí pondríamos los libros. Los libros de viajes con una cinta azul. «Tratado dos diversos e desvairados caminhos por donde nos tempos passados a pimenta e a especiaria veyo da India as nossas partes...» En el techo una nao de cristal con las velas de plata. Encenderíamos leña. Cuando en la noche de diciembre la lluvia temblara en los cristales. Y entonces con las manos cerca de los tizones a soñar con las Indias y el Trópico y la mujer que tiene los brazos de coral y los labios como la pulpa de las frutas enfermas.

Cuando la lluvia estuviera sola sobre el mundo. Y hubiera más silencio en el hogar.

J o s é . D E L A S C U E V A S

DEL PRÓXIMO

LIBRO DE LAS CRÓNICAS

LA RISA HEROICA

Hundido en la blanda postración del lecho, Tuti Avila, rie y rie con esa risa que se pierde, entristecida, en las últimas sombras de la tarde.

Hace frío en la sierra. Una lluvia oscura y triste, monótona, aprieta en el aire la alegría de nuestros sueños. Parece como si todo el dolor de la guerra se hubiese volcado de pronto en los ojos del héroe. Y porque él sabe que la alegría no es más que la conformidad resignada del dolor, quiere borrar de nosotros la amargura con su limpia y sencilla ingenuidad de niño.

La venda que le ciñe la frente, tiene olor y reciedumbre de bandera. Es como una bandera blanca, de paz, levantada en la fiebre a la hora del cansancio. La novia, alegre y buena, enamorada, sencilla, deshizo los caminos lejanos para oír de cerca la respiración aguda y fría del caído. ¡Cuántas esperanzas en trance de muerte! ¡Cuántas horas hiladas al sol y la lluvia, en los estios de las arenas y en el dolor sin salida de los inviernos de Puerto Real! inviernos pequeños, en que uno quisiera pasarse las noches contra la reja y toda la capa ceñida en la espalda.

La tarde se rompe en el pandero de la sierra. Se oyen sus trémulos redobles de lluvia. Se alarga su frío. Hay un presentimiento de martirio en la altura del cielo, y como un reír de ángeles que ya empiezan a tirar del corazón de Tuti, en una larga espera, ya incontinida, de salvación y de gloria. El caído con el paisaje de la Peña del pueblo en los ojos, mira a su novia, y rie y rie con esa risa que se pierde, lejana, distraída, sin contornos...

Y bajo el cielo nublado, junto a las casas vacías de Peñarroya, ahogadas de minas y de humos, en la angustia del hospital, va extinguiéndose, dulcemente, la blanca risa del héroe.

Nos acordamos de aquellas voces suyas, amplias y fuertes por todos los tajos de la serranía de Málaga.

Y no sonarán sus gritos de bravura y aliento, con la espalda henchida de músculo y de bronce. Y no se oirá más su risa buena, inocente, de amigo profundo, clara como el agua de los arroyos, porque en la tarde desnuda y fría, van apagándose sus ojos, pausadamente, sosegadamente. Pasa, nada más. Se nos aleja de las manos. ¡Y pensar que rompe ya en los naranjos la primavera del triunfo: primavera de todos los amores de España!...

Se nos aleja, ahora que van a brillar como nunca las noches olorosas de nardos y jazmines, abiertas a los sentidos; ahora que huele el azahar en todos los caminos y trasciende la humedad de las lluvias a Dios, Tuti Avila, se aleja al relevo de la muerte, así, sencillamente, riendo sin cesar, como en un deseo íntimo y profundo de formar en la guardia única, con los ojos cerrados y los brazos abiertos, con las manos traspasadas de luz, llena su carne de rosas encendidas, bajo el silencio de la novia buena...

Cuando la muerte se lo llevaba había un rumor de ángeles en torno al dolor, dentro de su cuarto, desnudo de forma, sombrío, como el agua de la lluvia que se rompía en el pandero de la sierra, aquella tarde gris, en que una música lejana comenzaba a tirar de su alma para llevarla a la presencia de los justos.

AQUÍ SEÑOR, DONDE NADIE ME OIGA...

Y sea perfecta la paz. Y más alto el aliento. Y más llana la vida.

Aquí Señor, porque hay que flagelar la carne con el látigo de una memoria de hierro, capaz de cantar a todos los caídos, con una voz que salte de la tierra, audaz y fuerte, inundándolo todo.

Y porque ya es hora de que volvamos a mirar, serenamente, el agua del río.

Aquí Señor, iré diciéndote mi dulce canción de alegría.

Los recuerdo a todos: uno por uno. Están en pie dentro de mi sangre. Y siento como si sus palabras me rozasen las sienes, dándole impulso a mi espíritu. Los recuerdo a todos.

Cayeron en los llanos. En los montes. En los ríos. Muchos, antes de la flor, cayeron doblados contra el silencio de las esquinas. Y se quedaron mirando a las ventanas, porque en los hierros estallaba la primavera de las rosas.

Los iluminaba el mediodía. Y a la noche, entre cirios de oro, se oían los llantos de las madres. De las madres de hierro: heroínas anónimas en la batalla de las viejas horas difíciles.

Y cayeron para volar hacia Tí, por España.

Era Señor, que una liturgia nueva florecía en sus nervios. Y en sus músculos. Era Señor, lo recto frente a lo circular de las antiguas formas oscuras. Era Señor, que un rayo de alegría mantenía en el aire, suspendida, la gracia de los ojos.

Y oyeron a José Antonio. Que les habló del Paraíso implacable creado para el dolor de los mejores. Y una noche o un día — no importaba el sitio ni la hora — quisieron hacerse acreedores de aquellas consignas. Y desde entonces, Señor, todos sabemos ya que los caídos son los que han alcanzado la sagrada proximidad de Tu gloria.

Los recuerdo a todos. En este apretado silencio de ramas. En esta quietud de aguas dormidas. Y en esta calma impasible y soleada de tierra y de sol.

Aquí, donde nadie me oye y donde sé que Tú bendices, bajo el viento, mi reposo tranquilo.

Para ellos Señor, la gracia de este libro.

Para ellos.

Sólo para ellos.

Por esto, cuando mis ojos se quedan así: clavados en la hora que no se conoce y en el aire que no se mira, cuando se siente el roce de las ramas en los brazos desnudos y hay en el corazón como un florecimiento de mansedumbre, yo digo, con voz entrecortada, por los que se fueron, pero están más cerca que nunca:

«En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo...»

Francisco MONTERO GALVACHE

HUMOR

P A R M E N I A

Me preguntó un día: ¿qué es más útil,
«La Divina Comedia» o un mechero?
Y desde entonces comprendí que aque-
lla chica sentía una irresistible vocación
por la literatura.

(EL AUTOR)

Tenía nombre de poetisa griega de Efeso; aunque no podía ocultar que había nacido en Alcalá de Henares.

¡Oh aquel folio 1.400 del Registro civil!

Su infancia estuvo llena de anginas, de catarros, de sobresaltos continuos y de tarros de aceite de hígado de bacalao.

Se criaba muy débil; tan débil que parecía un papel de fumar, el ala de un mosquito, la sombra del bacilo Koch. El premio Nobel de la tuberculosis.

Cuando nació, se cruzaron en la familia apasionadas discusiones sobre su clasificación en los encasillados biológicos.

—Es un algodón.

—Es un insecto.

—Es una caja de dátiles.

—Parece una hormiga.

—Es un saxofón.

—Tal vez sea un palillo de dientes.

No llegaban a un acuerdo.

Intervino en la discusión, un Registrador de la propiedad que nunca había registrado nada.

—Basta señores: Es una niña.

Y a todos les parecía imposible; tan imposible como que él hubiese terminado su carrera de Derecho.

Sin embargo aquella vez acertó. Fué una niña; una niña a la que le pusieron de nombre Parmenia, como le podían haber puesto «caperucita roja».

Y éste nombre cogido al azar: Parmenia; éste nombre que no se sabe donde lo habían leído si en la hoja de un almanaque o en la cubierta de un neumático.

Influyó en su psicología hondamente; le hizo soltarse los cabellos y andar por los corredores todo el día en vaporoso «deshabillé».

Le hizo comprarse un tomo de poesías y 22 modelos de cinturones distintos; le dió por llamar Solón a su tío, Pericles a su perro y Fidias, nada menos que Fidias a un primo suyo que era escultor en los Angeles.

De este primo tallista, se contaban en los Estados Unidos cosas verdaderamente originales. Había esculpido el Moisés de Miguel Angel colocándole de propina una chistera (charol seis reflejos).

A la Victoria de Samotracia, le había puesto un paracaídas.

Al Pensador, de Rodin, un paraguas.

A la Dama de Elche, un sonajero.

Al Discóbolo una bicicleta; en fin a la Venus de Milo los brazos y un mantón de manila.

En resumen; era la apoteosis escultórica del futurismo.
Un genio, un inspirado, un alelado, un iluminado, un degenerado. Un genio.
El público desconfiaba de su arte y decía de él que estaba loco.
¡El público!
¡Bah, no había que hacerle al público demasiado caso!
Sabemos desde que Oscar Wilde nos lo ha dicho:
Que el público ha estado siempre y en todas las épocas muy mal educado.

Con el público o contra el público, aquel hombre era un artista.
El que la crítica lo criticara no tenía nada de extraño, precisamente la misión y el deber de la crítica era ese: criticar. No jugar al pin-pon.
Aún estaba en pie el furor y el escándalo de su última escultura
Fué en la última exposición de arte vanguardista, patrocinada por la Casa Kodak.
Maravilloso certamen. Allí se vieron reunidas las extravagancias más asombrosas del mundo.
El barro, el mármol, el ágata, el marfil, el pórfido, el azabache y la estupidez humana crearon verdaderas originalidades.
Había perros que parecían abanicos chinos y abanicos chinos que parecían osos polares.
Espadas que imitaban décimos de lotería y cabezas de indígenas que tenían el perfil auténtico de las mesas de noche.
Pero entre todas, ninguna tan rara, tan intrigante y tan enigmática como la de aquel famoso escultor de los Angeles.
¿Qué era aquello Dios mío?
Tratábase de un confuso grupo de mármol de seis figuras en una posición tan difícil, tan extremadamente difícil que era humanamente imposible no solo averiguar qué representaban sino qué querían representar.
El conjunto se titulaba: «Veraneo en las Azores».
Pero esto era indudablemente para despistar.
Nadie sabía fijamente que significaba aquel grupo.
Como es lógico el jurado le otorgó el primer premio y acto seguido mandó abrir una encuesta en todos los periódicos de Norteamérica para que la gente opinase sobre la significación de aquellas figuras.
El gran público de los EE. UU. dejó unos días en paz las películas de gansters, y perdido en un mar de confusiones se aventuró a divagar de esta manera.
Aquel colosal grupo de las seis figuras, podría simbolizar lo siguiente:
1.º marineros ingleses esperando el tren.
2.º pescadores de perlas.
3.º mozos de cuerda preparados para llevar un piano.
4.º descanso en un match de boxeo.
5.º vendedores de décimos de lotería.
6.º campesinos huyendo del pago de la cédula.
7.º los obreros franceses y la semana de las 40 horas.
8.º los siete niños de Ecija. (Falta uno que está en las brigadas internacionales).
9.º Orquesta típica hawaiana.
10.º el comité de No intervención.
Total nada en claro.
Opinaron los cerebros más claros del pensamiento europeo; opinaron en virtud de la democracia, los chóferes, los peluqueros, las taquimecas, los bomberos y los peritos mercantiles.
Todo en balde; el número aumentó la confusión. Surgieron riñas de carácter nacionalista; disputas.

Se le dió al suceso matiz patriótico y vistos los vuelos que tomaba el asunto, se remitió la cuestión a la Sociedad de Naciones.

La Sociedad de Naciones, lo primero que hizo fué nombrar un Comité, luego un Sub-comité, después un Vice-comité, y finalmente un Contra-comité y un Tetra-comité.

Después no teniendo nada más que nombrar, suspendió las sesiones y acordó reunirse dentro de seis meses.

Con lo cual la confusión rayó en el paroxismo, porque en efecto respaldado por la gestión de Ginebra, cinco organismos embrollaban más el asunto.

El Comité.

El Sub-comité.

El Vice-comité.

El Tetra-comité.

Todo fué inútil.

Viajaron unos señores más en «sleeping», masticaron caviar, saludaron al público, se quitaron unas pocas de veces el sombrero, pagaron unas facturas y cobraron unas dietas que eran el doble de las facturas, y de las veces que se habían quitado el sombrero.

En resumen nada.

Fracásaron a pesar del bombín y de las fotografías al magnesio.

Vista la impotencia de los Comités, se pasó a crear Comisiones; se creó la Comisión de los 13, luego la de los 28, después, la de los 61.

Pasaban los años, los vecinos limítrofes se pegaron; más de una vez tuvieron que abrirse los quirófanos de urgencia. Y sobre la escultura persistía el enigma. Ginebra iba ya por el Comité 402 y por la Comisión 12.017.

Pero sigamos con Parmenia; mejor dicho tomémosla de nuevo.

Parmenia, notó sus aficiones literarias de ese modo brusco e inesperado como se nota una erupción en la piel.

No tenía apetito; se extasiaba en los claros de luna.

No hacía trampas jugando al tute y decía realmente la edad que tenía.

Sus amigos le notaron en el rostro una palidez inquietante.

¿Amor?

Se revolvió ofendida en lo más profundo de sus entrañas.

—¡Qué vulgaridad! que se enamorasen las cocineras, las amas de llaves, y las aspirantes a mecanógrafas.

Ella estaba por encima de eso.

Ella estaba de vuelta del amor; de vuelta del romanticismo, de vuelta de la cursilería; de vuelta como esas cartas donde no aparece la dirección.

¿Entonces?

Ella no se enamoraba; ella había leído ya lo bastante para no confundir el amor con una lata de mermelada de piña.

Se le declararon al mismo tiempo dos corazones.

Uno era fuerte, apretado, jugoso; latía al compás de una cuenta corriente de dos mil francos mensuales.

El otro era débil, enfermizo, sutilizado; casi un suspiro de cristal en la aorta.

Latía al compás de los crepúsculos, sangrando poemas por el ventrículo izquierdo.

Cada golpe de sistole era una cadena de versos.

Sobran las adivinaciones; el primero era un industrial. Un famoso y opulento industrial.

El segundo un poeta.

¿Qué hacer?

Parmenia aunque un poco impulsiva, poseía a veces una cierta intuición para las cosas trascendentales.

Lo primero era serenarse.

Luego hacerse la permanente.

Buscaba una situación privilegiada y la obtuvo.

La obtuvo situándose en un punto exacto de equilibrio donde no peligraba nada, ni el sentimiento ni la cabeza.

Pero precisamente por querer nivelarse tan bien, fracasó. El mundo le planteaba un terrible dilema.

O el tenderete o la poesía.

Renunciando a la poesía lo tendría todo: pieles, sedas, turquesas, el ocho cilindros.

Con el verso en cambio.....

Instaló la balanza, puso la tiendecita; fracasó.

En un platillo: exámetros, en el otro, un «roll» con cristales biselados.

¿Qué hacía?

Se decidió; y se decidió lógica y anti-literariamente por el que tenía más dinero, enviando además al poeta una carta espantosamente falsa; una carta abominable donde ella hablaba del destino, del azar, de la fatalidad, del cloruro sódico, de la ingratitud y del claro de luna.

El poeta la recibió muy tranquilo.

La leyó entre bostezos; renegó de la ortografía, hizo con ella una bolita de papel y la arrojó despectivamente a la calle.

Un perro flaco, blanco y sucio—ese perro típico de todas las novelas de crímenes—se abalanzó sobre la bolita, arañó angustiosamente el papel y convencido de que allí no había nada, se alejó asqueado, y con las pupilas tristes ladrándole de paso a la noche.

Entonces fué cuando al poeta se le saltó una lágrima.

Se asomó al balcón y recitó una plegaria.

No debe propagarse mucho porque suena un poco a herejía, pero una sola vez sí puede decirse.

Era así sobre poco más o menos.

¡Señor, libra a los perros de todas las «Parmenias» que se les pongan en el camino!

F r a n c i s c o G Ó M E Z D E T R A V E C E D O

Algeciras. Cuartel, Octubre 1938.

CONSIGNA

Nuestra España es difícil hasta el milagro. Pero una integridad de conducta ungida de servicio y obediencia, nos acercará al duro milagro de poderla abarcar con nuestros brazos abiertos.

Ayuntamiento de Madrid

“Epifanía del Trabajo”

INVOCACIÓN

Terrible desasosiego en esta hora, la del espíritu que siente en lo hondo del sér, la pasión sublime de ser español.

Vamos a cuidarnos de España, con una minuciosidad permanente y unánime, con un aliento colectivo de todos los momentos; y vamos a procurar que lo que se ha dado en llamar «responsabilidad de producirse», no sea una cosa empírica que haga tímidos nuestros esfuerzos y nuestros impulsos, sino una efectiva emoción de todos nuestros actos individuales, que nos haga estar en una plena conciencia y una efectiva emoción de toda nuestra vitalidad, para que nuestros días sean fecundos en la dimensión de lo externo y en la profundidad más íntima y callada, más modeladora de nuestro espíritu.

Esa Responsabilidad, que no hemos de admitir como una cosa que nos viene del exterior, sino como una alquitara depuradora de nuestra propia esencia y que ha de servir de disciplina a la propia conducta, que ha de ser como el aliento y la energía que nos justifique ante nosotros mismos, en el constante pugilato que con nuestra propia personalidad, hemos de mantener, a lo largo de toda la vida y en todo el proceso de evolución y de contrastes a que nos han de arrastrar las vicisitudes de la colectiva subsistencia patriótica.

Por esto, reclamamos imperiosamente que todo el pueblo hispano sienta unánimemente la zozobra de los avatares nacionales, a lo ancho y a lo largo de la Historia, con un sentido de comunicación y de intercambio recíproco, sin aislarse en vanos egoismos o personalismos desintegradores; sino con una seriedad y una emoción consciente de nuestra razón de ser y de existir, que nos revista de esa fortaleza tan necesaria al equilibrio de la conciencia y el juicio, que admiramos en tantas ocasiones al repasar las biografías de los místicos y de los pensadores.

En ningún momento de la vida como en el de ahora, debemos sentir el rubor de nuestras decisiones, la timidez y el temor de no ser útiles a nuestra Patria con nuestras aptitudes, a no enderezar bien nuestras disponibilidades utilitarias para el bien común, a incurrir en obras de escasa estimación, al lado del ingente imperativo, del gigantesco requerimiento que a todos los buenos patriotas nos hace en estos momentos España, para que acudamos a ella con lo mejor de nuestras energías y lo más puro de nuestra actividad y nuestro valor personal de hombres.

Nos trae Franco la Paz, después de habernos dado el Ideal y el Aliento y la Fe, después de una guerra dolorosa, en que tantas gloriosas vidas españolas se han inmolado, de una manera voluntaria y gozosa en nuestros frentes; de una forma terrible y espeluznante al otro lado de nuestras vanguardias juveniles.

Y viene la Paz, y con la Paz gigantescamente robustecido, el imperativo glorioso

de que España tiene que sobrevivir y reintegrarse, recuperarse a sí misma, en toda la amplitud del sentido que a este término inviste nuestra ineludible proyección en el futuro y en la posterioridad, postulados de este enardecimiento idealístico, de esta fortaleza racial de nuestro valor, de este indeclinable deber, doloroso y alegre, arduo y gozoso, que a nuestra conciencia le asevera y le dice que la sustantividad de nuestra sangre, de nuestra aleacción ibérica, de nuestro sentido homogéneo y firme de nacionalidad prepotente en lo universal, no puede dejar de ser perdurable en el destino cósmico de la Hispanidad.

Las guerras internacionales acentúan la xenofobia de los pueblos; las guerras civiles exaltan superlativamente el sentido nacionalista, que es el amor y la pasión por las cosas ingénitas de la tierra nativa. Haber nacido en esta hora de sacrificio y heroicidades, puede ser doloroso para la sustancia materialista de la refinada fisiología moderna, pero es arrebatadoramente sugestivo para el espíritu amante de la superación y del sacrificio, que es preferible morir lleno de renunciación y de abnegación, con la alegría de un fin cumplido y un holocausto realizado, que haber coincidido con días de indiferencia y atonía en que todo el maravilloso concierto que constituye el ideal de las nacionalidades yace como muerto, en trance de esterilidad y en germen y gestación de una decadencia.

Y este sentido nacionalista, típicamente nacionalista, es en mi opinión el que se debe de aprovechar para la liquidación de nuestra guerra y el formidable monumento del Imperio Español que sobre la Paz de Franco, hemos de erigir a la Civilización actual en pleno corazón de España.

Y al lado de este mandato nacionalista, presentes en nuestro afán también, tantos y tantos imperativos categóricos que en la Paz se han de ver concitados a una liquidación en nuestras almas y en nuestros espíritus; ya llenos de una alegre actividad ciudadana nacional, en que lo mejor del hombre hecho principio ético, ha de estar representado: el don tan difícil de la renunciación y el propósito de ser abnegados, porque lo que hacemos no lo hacemos por la egoísta esperanza del inmediato usufructo, sino para una patria del mañana y un gozo futuro de ese otro deber más sublime de hacer a nuestros hijos venturosos.

Del modo que ahora mismo—hoy, hoy—los combatientes que están muriendo por nosotros y enlazando sus vidas a las vidas de los que ya poblaban los luceros de nuestro antiguo cielo, vigilan el que su muerte sea vida y resurrección. Vigilan el que su sacrificio resucite en gloria.

J I M É N E Z C A B A L L E R O

ENCUESTA LITERARIA

«CAUCES» ha querido abrir un camino de orientación a los afanes literarios de esta Hora. Y con las tres preguntas de esta ENCUESTA LITERARIA que hoy iniciamos, recogerá la opinión de los hombres más destacados en la literatura actual: opinión de los nuevos y de los que ya son valores consagrados en las letras. Nuestros lectores tendrán así todo el nervio de las nuevas inquietudes poéticas.

Jorge Villarín—autor del libro DE LOS ANGELES—y Fernando de los Ríos y de Guzmán, escritor sevillano, alzan sus voces como una lanza en el blanco de la verdad.

Las preguntas de la ENCUESTA, son las siguientes:

- 1.ª Qué sentido tendrá la nueva LITERATURA?
- 2.ª Será un retorno a lo CLÁSICO?
- 3.ª Qué valores ofrece la nueva GENERACIÓN?

Nuestra misiva—multiplicada para todos—anda ya por todos los caminos. Y esperamos, llenos de alegría, las contestaciones, que iremos ofreciendo en sucesivos números.

¿«Qué sentido tendrá la nueva Literatura de España»?

Ya los vates no vaticinan. El ala del augurio se estrella contra el escollo de lo inesperado. Mas la nueva literatura de España debe tener como nuestra Cruzada celeste un sentido imperial y victorioso de rotundo arco de triunfo, de curva de horizonte marino, abierto a los amplios viales, parábola de hispanidad del alba al ocaso sobre el corazón de la madre.

¿«Será un retorno a lo clásico»?

Debe ser un retorno al siglo de oro, a los llanos sin fin de Cervantes, a «Los pastores de Belén» de Lope, a los Cigarrales de Tirso, al vergel de piedra barroca de Calderón y florestas contorsionadas de Quevedo... Un retorno de ingravidez, con alas de libélula o de mariposa, con sueño y libación en todas las flores, con embriaguez en todos los cálices. Y un regreso a la corte de Don Juan II de Castilla, esmaltada por Jorge Manrique, el marqués de Santillana, el de Villena y Juan de Mena, tan henchidos de jugos étnicos, tan exactos de raigambres hispanas.

¿«Qué valores ofrece esta generación literaria»?

No me atrevo a juzgar porque estimo que los valores del presente sólo pueden ser apreciados por los espectadores del futuro. Los valores como los barcos suelen verse con mayor claridad en la cima del horizonte sobre el cielo extendido, de lejos como las estatuas sobre el pedestal que las realza, producen la impresión de los montes que para abarcarlos con los brazos de la visión hay que contemplarlos de lejos.



Fernando DE LOS RÍOS Y DE GUZMÁN

Ayuntamiento de Madrid

JORGE VILLARÍN

Contestar a las tres preguntas de «CAUCES» sobre desarrollo y porvenir de nuestra literatura en estos días en que la conmoción que sufre España ha descubierto un horizonte luminoso de esperanzas que alumbra el sol esplendoroso de nuestra tradición y nuestra historia, es fácil. Sólo hay que responder afirmativamente a la segunda pregunta. Será un retorno a lo clásico; indudablemente que sí.

Yo dije hace poco tiempo en un artículo comentando el reciente libro de Joaquín Navasal y de Mendiri que indudablemente esta es la hora de España.

Y España es entre otras muchas cosas de tradición, fé y lealtad, todo lo que en sí representa el siglo de oro de su literatura.

Pero no debemos de olvidar nunca aquella frase de Vázquez de Mella de que «tradición es progreso hereditario» porque no quiera entenderse el retorno a lo clásico como un radicalismo en la literatura.

Es hoy ya, y será mañana también, la base principal de las letras, la literatura clásica; pero en los escritores está la evolución y el progreso.

La corriente actual variante en mucho, en estilo y fondo, a la que estaba en boga en los últimos años, marca clarísimamente un estilo diáfano y castellano, bien distinto del que iba señalando derroteros tortuosos y tristes hacia un romanticismo exagerado o una literatura forzada y ridícula.

El aire de la guerra se lleva entre sus alas la podrida literatura y quedará tan sola, limpia y clara, la que informó de las épocas de la historia, de las leyendas, de las costumbres, con su estilo propio de puro clasicismo.

Porque a mi entender ha sonado otra hora como aquella que anunciaba el comienzo de la época clásica, con la entrada de la casa de Austria. Como entonces podríamos decir hoy exactamente lo que Hernando de Acuña en su soneto a Carlos V cuando afirmaba, con ello, que había llegado el momento de «Un monarca, un imperio y una espada».

¿Qué valores ofrece esta generación literaria?

Muchos conocidos, pero en verdad, creo que los valores más positivos saldrán mañana cuando vengan de la guerra los que mojaron su pluma en sangre, forjando la grandeza de España.



NOTA BIOGRÁFICA

Joaquín Valdés Sancho, «Jorge Villarín», nació en Sevilla en 1914. Cursó el bachillerato en los colegios de los padres jesuitas de Puerto de Santa María (Cádiz) y Villasis, Sevilla. Estudió la carrera de Derecho en la Universidad Hispalense.

Durante cinco años fué presidente de la Juventud Tradicionalista de Sevilla. Ingresa luego como redactor del diario sevillano «La Unión». Es cronista de guerra en varios periódicos y dirige «El Alcázar» desde su fundación.

Ha publicado varios libros «El Secretario de S. M.», en 1934; y durante la guerra varios: «Guerra en España contra el Judaismo bolchevique», «Abriles de España» y «Delos Angeles»



Arte Nuestro

JUAN PADILLA

Nos alegra hablar de nuestro arte. «CAUCES» quiere—y necesita—incorporar a sus páginas todo lo que en Jerez tiene una sólida raíz espiritual.

Padilla—desde muy niño—fué un virtuoso de la vocación. Su pincel es firme y rápido. Tiene, frente a los viejos prejuicios de escuela, un estilo propio, personalísimo, que se llama vibración, energía, realismo. Su retrato es esa obra que por sí sola se comenta. Porque habla y se mueve. No es la obra inerte, inexpresiva, que surge, como

carente de genio, muerta. «José Antonio», «El Caudillo»—sus últimos retratos al óleo—lo afirman así.

Queremos muy pronto hablar de Juan Padilla, como él merece. Ungiendo estas páginas con el profundo y humano sabor de su cuarto de trabajo.

Hoy publicamos ese boceto de cartel—ya antiguo, en la flor del Alzamiento—en el que tiembla, como un ansia levantada, hecho realidad, el grito redentor de las viejas escuadras de José Antonio. Tiene un recio vigor de músculo, «tenso y fervoroso», como toda la liturgia de nuestro himno.

Padilla es, ante todo, un fervoroso de la vocación, hacia cuya luz orienta sus pasos con el pincel a modo de consigna. «CAUCES» publicó ya sus grabados de Franco y Unamuno, llenos de precisión y acierto.

Calderón y las fuentes vulgarizadas de "La vida es sueño"

1. La idea fundamental del drama «La vida es sueño» pertenece a todos los pueblos y a todos los tiempos.

Mérito singular de Calderón elevarla, después de varias tentativas, a la categoría de las grandes creaciones.

Esta idea fundamental se ha enunciado de varias maneras. Casi siempre por comparación, como la del sueño

Farinelli se esforzaba por seguir el concepto fundamental del drama calderoniano; a través de las literaturas de los principales países. Copia textos y más textos latinos, castellanos, italianos, franceses, ingleses, alemanes y de otros idiomas. Embrolla con ellos la cuestión, bien clara de suyo, de la originalidad, y hasta parece que trata de desvirtuar el mérito indiscutible del gran dramaturgo.

La verdad es que Calderón podía muy bien prescindir de elementos extraños. Cuantos necesitaba los tenía en su época, aquí en nuestra propia literatura al alcance de la mano. ¿Qué algunos de ellos procedían de Persia, de la India, de las tierras del Preste Juan? A Calderón, como a todo verdadero artista, le tenía eso muy sin cuidado. Lo que él se proponía crear no eran los elementos, que esos ninguno los crea, sino el compuesto de ellos.

2. Ya el P. Olmedo demostró muy bien, hace un decenio, que las fuentes inmediatas, las verdaderas fuentes de «La vida es sueño» son netamente españolas. Calderón no tenía que buscar en literaturas extrañas lo que tenía en la propia. Lo que tenía en su época en el ambiente que respiraba.

Sí. La idea de que la vida es como un sueño estaba en tiempo de Calderón en el ambiente. La idea de Segismundo, la de que todas las grandezas de este mundo son como soñadas.

Nadie la desarrolló tan bien como los predicadores y ascetas de la edad de oro. Ni con tanta precisión, claridad y elegancia.

El clásico agustini Beato Orozco exclamaba:

«Oh sueño engañoso, que traes a los hombres encantados » Y, comentando a San Cipriano añade: «Sueña el soberbio que está muy honrado con la dignidad que por ambición alcanzó; en aquel sueño pasa mil tormentos, remordimientos y aflicciones. Y no sólo este sabio llamó a la vida mortal sueño, sino que dijo que era sueño de sombra.

La misma idea aparece explanada por santo Tomás de Villanueva, san Luis Bertrán, fray Francisco Ortiz Lucio (Alcalá, 1589).

«Sueños—dice este último—son los que nos atormentan en esta vida. . Y es tal nuestro desvarío, que siendo pobres de ser, que no es más nuestra vida que una imagen de entre sueños somos locos, que aún esta vida, que es sueño que soñamos, la gastamos en vanidades »

3. Del púlpito pasaron estas ideas al teatro, a los tratados doctrinales, a la poesía popular, a las coplas y cantares.

La fábula del durmiente despierto, de origen oriental, la introduce en nuestra literatura el Infante don Juan Manuel, infundiéndole, al hacerla española, un alto sentido moral, como de parábola evangélica que antes no tenía.

Luis Vives la da a conocer en Europa, incorporándola a la biografía de Felipe el Bueno. (Léase la carta de Vives al Duque de Béjar).

Agustín de Rojas la lleva al teatro, no como asunto principal, sino como simple

episodio en «El natural desdichado». Calderón, finalmente, la eleva a la categoría de las grandes creaciones humanas en su drama *La vida es sueño*.

4 Se ha sostenido por algunos que el pensamiento filosófico de los monólogos de Segismundo pudiera proceder de un pasaje del célebre hebreo Filón. Difícil de creer es que Calderón leyese tal pasaje en la traducción latina de Galenio. Pero, en fin, escribe Olmedo; supongamos que Calderón leyese ese pasaje donde se dice que «la vida es un soñado error que sin sentirle se desvanece y se disuelve.» ¿Qué hay en él que no estuviese Calderón leyendo y oyendo a todas horas?

Abría la Sagrada Escritura y leía en Isaías, en Job, en los Salmos davídicos que la vida es *velut somnium ávolans*. Cerraba la Biblia y salía a dar una vuelta por la ciudad. Un amigo le detenía a la puerta de casa para decirle que aquella mañana había fallecido casi de repente el Licenciado Rodríguez de Heredia. El amigo al despedirse le decía con Jorge Manrique: «En fin, don Pedro, que se va la vida aprisa como un sueño.»

Más adelante, al pasar ante una reja cubierta de flores, oía una voz de mujer que cantaba:

«Soñaba yo que tenía alegre mi corazón.—Mas, a la fe, madre mía—que los sueños sueños son.

Y los sueños sueños son oía decir en uno de los sermones de cuaresma el carmelita fray Agustín Núñez Delgadillo, pariente cercano de Santa Teresa de Jesús.

5 Como se ve el pensamiento filosófico de «La vida es sueño» estaba en el ambiente. De él lo tomó Calderón. No de este libro o del otro; de este pasaje o de aquel en particular.

Se dice de las grandes epopeyas que el pueblo las dicta y Homero las escribe. Lo mismo puede decirse, en general, de todas las grandes obras de arte y sobre todo del teatro.

Cuando Calderón llevó a él *La vida es sueño* a nadie se le ocurrió decir que el pensamiento era de Filón o de Aristóteles. Ni menos que Calderón lo había sacado de su cabeza. Ni de ella ni de los libros hubiera sacado nunca Calderón una obra tan universal y tan humana como *La vida es sueño*.

Entre ésta y los libros estaban los predicadores, que hablaban al pueblo del sueño de la vida. Estaba el mismo pueblo que, aleccionado por los predicadores, había sabido trocar las ilusiones del sueño en divinas realidades, disponiéndose, por medio de buenas obras, para el eterno despertar.

Llegó a escribir Farinelli que pocos entienden hoy el célebre drama. Bien le contestaba Olmedo:

En tiempo de Calderón lo entendía en España todo el mundo. ¿No lo había de entender? Nada había en él que no fuese popular, fuera de la composición. Aún en ésta había frases y versos enteros que andaban en boca del pueblo hacía más de un siglo.

Recogerlo fué el gran mérito de Calderón.

Hoy mismo entiende su drama la mayor parte de los españoles, mejor que cualquiera de los de Pemán o Benavente. Gracias a lo que nos queda todavía de aquellos bienhadados tiempos en que el pueblo podía seguir a Calderón hasta las cumbres más elevadas del simbolismo cristiano

M i g u e l G A S C Ó N

FELIPE II, FIGURA DE ACTUALIDAD

Reconocer y proclamar el mérito y el acierto ajenos, ha sido siempre una de las mayores satisfacciones de mi vida.

Por eso la idea en marcha de las *Ediciones Luz*, que va a lanzar a la meditación de los españoles de hoy una magnífica colección de biografías de las principales figuras del Imperio hispano, tiene desde ahora todas mis simpatías de español y literato.

Empezó la colección con la magnífica y original «Isabel la Católica» del Barón de Nervo, y ahora tenemos ante nosotros la amplia y luminosa biografía que Mariano Tomás ha trazado de «FELIPE II», Rey de España y Monarca del Universo.

¡A quién no le ha de complacer, en la nueva España, que hoy enhebra otra vez en la aguja simbólica de sus destinos el hilo eterno de su continuidad histórica, coleccionar estas biografías de *La España Imperial*, estos nobles ejemplares hispanos, altos de sentido patriótico y hondos de contextura racial, pletóricos de ejemplo, así en lo humano y espiritual como en lo heroico y religioso!

En este «FELIPE II» de Mariano Tomás es imposible, en primer lugar, no rendir un aplauso a su re-creador. A fin de cuentas, nada hay tan admirable como el estilo, el poder individual del biógrafo de aproximarnos líricamente vidas lejanas, de actualizar en evocación almas de enlace. Almas de tal grandeza, consistencia y longitud, que son a modo de puentes históricos sobre el cauce de los siglos.

La vida de Felipe II, que fué árbitro del Universo, lleva en sí elementos más que excepcionales para constituir una maravillosa biografía. El tamaño de la grandeza imperial de España en aquellas horas del Siglo de Oro, por obra y genio del hijo de Carlos I, sólo puede valorizarse por la forma en que sobrepasa la medida humana. En esta ruptura del límite geográfico y del poderío vital reside todo el interés ejemplar del libro. El biógrafo de Felipe II, buscando en variados textos y viejos cronicones, busca apasionadamente la intimidad psicológica del biografiado y su grandeza, ofreciéndosela al lector como un hito nacional de meditación y ejemplo.

Con lo dicho bastaría para señalar a los inteligentes el valor de la obra en cuestión, puesto que está documentada, bien escrita y es oportunísima en el momento español que vivimos por las ideas y por los hechos.

No faltará tampoco quien—demasiado ingenuo o puritano—, al adentrarse por las 350 páginas del vivir imperial de Felipe II, sufra la ruptura de ciertas ilusiones. Para este tipo de lector no ha modelado Mariano Tomás su amena y aguda biografía. De habérselo propuesto, hubiese difuminado con el suave pincel de su prosa aquellos claroscuros de que «Don Felipe se inclinaba al dulce pecado de la carne»; con lo cual nos dice que el Rey, era, contra lo que en general se

cree, un hombre profundamente humano. Ni omite el biógrafo la furibunda e injusta bula de ex-comunión que contra el gran Monarca español fulminó Paulo IV, llamándole «engendro de iniquidad» y otras lindezas. Claro que Felipe II «sólo sucumbió (al dulce pecado de la carne) cuando con la viudez larga la tentación era más fuerte y el pecado más venial».

Afortunadamente no ha difuminado esos claroscuros ni los aguafuertes de Alba en Flandes, ni de la Inquisición, ni la vida íntima del Rey. No es una vida de muerte la que el gran biógrafo de Cervantes nos presenta ahora. Es, por el contrario, la re-creación de un alma viva. Un alma oculta por el fárrago inmenso de papel que sobre ella volcaron, al correr de los siglos, detractores y apolo-
gistas.

Al otorgarle a Felipe II corporeidad y espíritu nuevos, en prosa moderna, Mariano Tomás no ha mixtificado nada ni se ha ido por atajos literarios para presentarnos la vida de ese hombre y su alma. La grandeza imperial y la tragedia íntima de un español que fué árbitro y señor del mundo en su siglo, y no logró nunca la felicidad. Cúmplese así, en el autor de «SANTA ISABEL DE ESPAÑA», uno de los más recientes propósitos del arte biográfico actual, la domesticación de la historia; es decir, bajarla de su pedestal de orgullo, otorgarle cotidianidad, hacerla más humana y menos iconográfica.

Como historiador goza al relatarnos la grandeza de España en aquella hora imperial y como biógrafo nos descubre la intimidad menuda, común, de un hombre sobresaliente.

Sólo por este procedimiento ha podido llegar Mariano Tomás al tuétano de la tragedia íntima y de la energía vital de Felipe II. Así tenemos noticia los hombres de hoy respecto a la vida excepcional de un hombre de ayer.

Por eso decíamos que a los ingenuos y puritanos, para quienes gustan de contemplar al personaje histórico en estatua, y no en sangre y en huesos, les ha de sorprender un poco ciertos pasajes de esta espléndida biografía.

Y es así como el admirable poeta Mariano Tomás nos describe la vida y el espíritu del Emperador Felipe II, «este hombre de acero que no permitió dar a entender sus congojas de alma...», y que fué el Monarca más genial y poderoso de su tiempo.

J o s é S A N Z Y D Í A Z

IMAGEN DE TERUEL, CIUDAD DE LEYENDA Y DE HÉROES

D. Manuel Chacón, nuestro colaborador de siempre, ha escrito para "CAUCES" una bellísima crónica sobre Teruel, que se publicará en nuestro próximo número 21, con fotografías de la torre mudéjar de esta heroica ciudad de Aragón.

El Otoño del poeta

Novela por PEDRO MONTERO GALVACHE

XXIX

En las horas interminables de aquellos días lluviosos y fríos de finales de Otoño, Javier Benalgar evocaba viejas estampas de su vida, medio enterradas entre las cenizas del Tiempo. Le asustaba la esterilidad de los años muertos para él, el tremendo vacío de su existencia, consumida, como la hoguera de un sacrificio soberbio e inútil, en holocausto de falsas divinidades. La ambición, la vanidad, el poder, la sensualidad, todas las pasiones que son discordias y columnas del Mundo, se le antojaban a un mismo tiempo, grandiosas y ridículas. Su vida entera, vacía de ideales, horra de las augustas sensaciones que presentía en el alba de su adolescencia, cuando el goce de los placeres se revelaba a su alma como una bella y magnífica promesa, cuando el pecado le turbaba, como un divino sueño.

Hé aquí que el sueño se ha desvanecido, y la promesa se ha roto antes de ser realidad, y Benalgar ve su alma abrumada por el dolor del hastío, por la sombra de los remordimientos. Con una insistencia y una precisión, nuevas hasta entonces, para él, vienen a su cerebro jirones de la que fué su vida. ¡Una pobre vida, atormentada por todas las luchas interiores; una guerra constante y formidable, entre su misticismo ardiente y perezoso y las amables decadencias renacentistas, que adornaron su Fe intolerante, visionaria y católica! Una vida que él amaba con la delectación de esos entornos, que a fuerza de sufrir, encuentran su nirvana en las fronteras atroces del Dolor y el Placer. Recordaba la despedida de Angelita...

Fuó una mañana perfumada y tibia de Sol, en la terraza del Palacio de Lis. Los dos quisieron abreviar la escena, y se separaron revistiéndose de una frialdad que no era más que agotamiento, cansancio de un combate absurdo y sobre-humano.

Se besaron con un beso largo, silencioso, uno de esos besos que clavan punzadas en el corazón y en la nuca; y desde la escalinata de mármol, el Marqués de Benalgar vió a Angelita subir al auto, y al auto, perderse, lento, detrás de la muralla de piedra del Parque.

A partir de aquella mañana, Javier vivió como una sombra en el enorme Palacio de Lis.

Le enfadaba el canto de los pájaros, el aroma de las flores, el ruido implacable de la lluvia, el graznido de los pavos reales. Pensó, que acaso aquella tenaz resurrección de recuerdos, fuese un síntoma de vejez y se estremecía ante la idea de morir, y más aún, al entrever la agonía de las almas exhaustas, martirizadas por ese infierno eterno y soberano: la agonía de la facultad de amar.

Una tarde, estaba sentado en la galería que encerraba los retratos de muchos de sus antepasados. Había lienzos soberbios de Zurbarán, de Murillo, del Greco. La pintura española, austera, grave, de una solemne y sagrada rigidez descubría, en aquellos cuadros, rostros pálidos y consumidos, en los que fulgían ojos brillantes, hundidos en la meditación de los dogmas formidables y abrumadores de ultra-tumba; manos largas y esqueléticas, adornadas de amatistas episcopales y gruesos anillos de escudos heráldicos, manos firmes, amarillas como los rostros, empuñando cruces de misioneros, espadas de virreyes y conquistadores, báculos abaciales... Un mundo lejano y heroico, que Javier Benalgar contemplaba con envidia y con un invencible y escondido pavor.

Aquellos eran sus abuelos, grandes, como los paladines que forjaron un imperio colosal para la más grande de las Monarquías que han conocido los siglos; santos, como los frailes

mendicantes y los jesuitas, que encendieron la lumbre poderosa de la Fe, en las más apartadas latitudes del planeta...

Se miraba a sí mismo, después de aquella contemplación del pasado, y se veía despreciable, ruín y mezquino. Última rama, desgajada y miserable, de aquel árbol gigante de una raza excelsa, sostén y aliento de nuestra Monarquía católica, imperial, popular y absoluta. ¡Pobre y divino Marqués de Benalgar!

Las sombras del atardecer entraban por las cristaleras y envolvían las pinturas en fúnebres sudarios. A pesar de la obscuridad, algunos ojos seguían brillando, con enigmático centelleo, y algunas manos destacaban por encima de las sombras, las cruces y las espadas, los báculos, las sortijas de amatistas y los escudos nobiliarios.

Eran cadáveres que vencían a la Muerte, y alzaban todavía las frentes sudorosas y las manos sin color, como un desafío a las generaciones que no supieron continuar su obra; o espectros que volvían de otra vida mejor, como una acusación muda, con un relámpago de altivez en las pupilas y un gesto fiero y magnífico, de rebeldía, en el semblante pálido y en las manos alargadas y nobles.

Soplaba el viento en los mirtos del jardín, y el agua de la lluvia caía en los cristales con un clamor sostenido y lúgubre. Javier tendía las manos hacia la chimenea, donde crujían troncos de madera exhalando un suave perfume.

Del pueblo llegó, mezclado con el viento y la lluvia, el sonido explayoso de una campana. Un toque bronco, reposado, lleno de una melancólica majestad.

Nervioso, Javier Benalgar fué a tumbarse en el ancho sofá de grandes almohadones, y encendió un cigarrillo.

El olor del humo le recordó a Angelita. La piel turgente, dura y finísima, a la vez; el aroma exótico de su cabellera; el acento, ardiente y humano, de su voz; la hondura de su pasión, mortal y eterna, como un cáncer en el pecho... Le abrasaba la garganta un fuego voraz y seco, de fiebre.

La campana daba el toque de agonía cada vez más lento, más grave y melancólico.

Llamó a Laura tirando del cordón de seda, que colgaba de la pared, sobre el sofá, en un ángulo de la galería. Desvanecidas por la distancia, se oyeron unas campanillas de plata, y a poco, el rumor de unos pasos.

Bajo los pliegues del tapiz que cubría la puerta de entrada, apareció la figura cenceña, medrosa, de la vieja criada, y como Javier la viera dirigirse hacia la consola que sostenía unos candelabros de plata y cristal tallado, la detuvo con un gesto, frente a él, de espaldas al largo cierre de cristales:

—No enciendas luces. No hacen falta. Estoy bien así...

Se estuvo muy quieta, de pié, puesta la mirada en los dibujos de la alfombra, enclavijados los dedos sobre el blanco delantal, aguardando órdenes del señor, como inmovilizada y suspensa por aquel aire de servidumbre, que abatía toda su persona, cuando el Marqués de Benalgar le hablaba:

—¿Oyes esa campana, Laura? ¿Por quién tocan a agonía?

Laura, temblando, se hizo atrás, y miró hacia el jardín de Lis, estremecido por el ímpetu del temporal. Se apagaba el último resplandor del crepúsculo, y la noche lúgubre, se cerraba también en aguas. ¡Dios...! ¡Cuánta lluvia aquel otoño! Los bancales hechos ríos, anegadas las sementeras... Mal año, si aquellos diluvios seguían.

Con la voz monorrítmica, sin modulaciones ni matices, de las almas primitivas, sencillas y fanáticas, explicó:

—Se muere, Señor, sin sacramentos, sin confesión, como una hereje sin conciencia, como murió el inglés que la sacó del pueblo, pa buscarla su perdición.

—¿Pero qué inglés, mujer?

—Hace muchos años, un pastor descubrió una vena de plata, cerca de la raya de Soubiela,

y vinieron montones de hombres, sucios, harapientos, negros como el carbón, a cavar pozos, en busca de la plata que había allí «enterrá». No encontraron «ná», Señor, y nos quedamos tan felices con nuestra pobreza, pero el inglés que capitaneaba aquella horda, se encaprichó de una niña del pueblo, y se la llevó a esas tierras de tan «relejisimos», que les llaman Londres, o algo así. Un país de demonios donde nunca hace sol y donde una vez hubo una reina que quemaba vivos a los cristianos, y hacía condes y caballeros a los piratas que robaban el oro de los galeones españoles. Murió el inglés, y la niña rodó de «padrino» en «padrino», gastándose el dinero que el hereje le dejó, y ahí la tiene el Señor, que hace dos meses llegó al pueblo, porque quería morir en el suelo en que nació. No la conocíamos cuando la vimos llegar, tan «consumía» y «acabá» venía. Como que su cuerpo todo, está lleno de agujeritos como pústulas, por los que se derrama la sangre podrida de los pulmones, del corazón, de la garganta. Todo el cuerpo comido por fuera y por dentro, lo mismo que una gusanera. Y no puede confesar, ni arrepentirse siquiera. Ella bien quisiera, pero no puede, no puede. Quisiera volver a creer, volver a rezar, a confiar, y no puede, no puede. Es horrible, peor que el infierno, Señor. El señor Cura dice que ese es el castigo de los que desprecian en vida, la Gracia de la conversión, de los que resisten y ahogan los remordimientos. Querer arrepentirse, y no poder...

Javier ha cerrado los ojos, porque nota un desvanecimiento que le aturde la cabeza y le nubla la vista.

Pasan unos segundos de un trágico silencio, de un silencio agrandado por los sonos funerales de la campana. Creyó que en la charla de la campesina había un fondo de ironía, de reproche misericordioso, pero no, sus ojos seguían clavados en la alfombra; las manos juntas, inclinada la cabeza en la actitud sumisa de los siervos de la enorme propiedad.

Tranquilo, afable, dominando la lucha bárbara que en su interior se libraba, despidió a Laura. En la noche oscura de su carne y su espíritu, florecía una decisión firme que juzgaba salvadora, la decisión suprema para todos los cobardes: la huida del Palacio de Lis, la fuga del ambiente que ya se le hacía imposible, que le ahogaba, como un abrazo monstruoso de hierro, la fuga hacia el aturdimiento del mundo. Matar el hastío con el veneno del pecado; apurar, un poco más, como el morfínmano sus drogas, la copa de aquellos placeres nefandos, que de adolescente le horrorizaron.

Recogió en un maletín de cuero, los objetos que más necesarios habrían de serle, en el breve viaje que iba a emprender: jabones, peines, el frasco de colonia, unas toallas, alguna ropa blanca. Se vistió sobre el traje gris que llevaba, un abrigo oscuro de «renard», y por la escalera de servicio bajó a los garages, a preparar el «roll». Todo, con una prisa calenturienta, con un vértigo afanoso, como si temiera una nueva traición de su voluntad. ¡Aquella voluntad suya, que le flaqueaba en los trances más decisivos de la vida!

Salió del Palacio, sin despedirse de los rincones amables que le recordaban jirones de su último idilio; sin mirar aquellos lienzos, donde sus antepasados sonreían, hieráticos, impenetrables, como seres muy superiores a las luchas que destrozaban al descendiente.

Antes de partir, quiso detenerse unos segundos en la cocina.

El fuego de los troncos que se consumían en el «llar», teñían de un rojo de sangre las paredes y los techos de la enorme estancia, y exhalaba cálidas emanaciones, perfumadas de tomillos y resinas.

Un grupo de pastores, presidido por Gabriel el de Rozalejo, contaba, al amor de la lumbre, historias fabulosas de contrabandistas andaluces, rumbosos, como «rajaes», arrogantes como lores, hidalgos, como caballeros de la raza. Unos bandidos fantásticos, ingenuos y soberbios, que robaban a los ricos lo que les sobraba de sus rentas, para socorrer a los campesinos que se morían de hambre.

Laura, ayudada de las criadas, atendía a la comida, junto al fuego. En un ángulo apartado, Mari-Sol y Nolo, dejaban pasar el tiempo, ajenos al mundo que les rodeaba. No hablaban;

se contentaban con dirigirse largas miradas, con estrecharse las manos, con saberse cerca el uno del otro, felices en ese abandono de las grandes pasiones, para las que el silencio es el más elocuente y delicioso lenguaje.

Al entrar Javier, todos se levantaron. El Marqués de Benalgar, con su alta estatura los dominaba a todos. Y al dominarlos físicamente, su loca soberbia de hombre sentimental, exquisito y mundano, se alzó, llenándolo de un hondo desprecio hacia aquella triste humanidad, rústica y primitiva.

¡Ah, pero Mari-Sol...! Mari-Sol, con aquel traje modesto de franela, que dibujaba el contorno del cuerpo, sin ajustarlo, casi; con aquellas ondas grandes y brillantes, de un brillo seco, azuloso, peinadas hacia atrás; con aquel fulgor dorado de las pupilas; arrebatadas las mejillas por el fuego y el amor, logrado y feliz, se le antojaba el triunfo soberano de la carne, la apoteosis de la forma idealizada por la dulzura de la virgen.

¡Ah, si él hubiese podido encender en aquel corazón un rastro de amor; si él hubiese podido enloquecerla, como a tantas otras, y arrancarla, a aquel marco reducido y despreciable, y llevarla sola, a países lejanos, donde el amor se depura hasta las más sutiles exquisiteces; donde todo se confabula para servir de alimento y estímulo a la hoguera de las pasiones decadentistas, de las pasiones que agonizan mientras dura la vida, y sólo mueren cuando muere la carne! Si él hubiese conseguido modelarla a su gusto; sembrarla de inquietudes; despertar en su espíritu ambiciones y dudas; y verla, rendida, suspirante, desear la Muerte después de conocerle y admirarle. Ya no le enamoraba la Mari-Sol lugareña virtuosa y fanática, ya no envidiaba la paz de la aldea. Todas aquellas murrias, aquellas nostalgias y melancolías, debieron ser un producto del ambiente.

¡Aquel Palacio de Lis, grande y solemne, como una tumba!—había dicho una vez Angelita. Ahora vivía en él, el Marqués de Benalgar, adorable y conquistador; el poeta galante, que enamoraba a las mujeres del gran mundo.

Decididamente, vivía uno de sus momentos de excitación, de exaltado sensualismo, y debía aprovecharlo, para salir del Palacio, antes que sus energías flaquearan.

—Se va Nuestro Señor el Marqués,—rezó Laura, con sincero dolor.

—He de estar mañana, a primera hora, en Sevilla. Acaban de telefonarme. Negocios, contratos de arriendos y ediciones. Cosas que me aburren, pero que he de atender a la fuerza. Callados, fueron acercándose los pastores y las mujeres, y le besaron la mano, uno a uno. Quiso rehuir el homenaje de fervorosa sumisión, pero había tanta humildad, tanta mansedumbre, en los rostros de aquellos infelices, que tuvo que ceder. El era el gran señor,—Nuestro Señor, como decía Laura—siempre inasequible, ausente en tierras remotas. El señor poderoso que tenía sobre ellos, una autoridad temida y atroz; y ellos, los siervos atados a la gleba, los parias, a quienes una mirada del señor, podía perder o salvar, y debían mostrarle su acatamiento, como a un castellano feudal.

Laura le miró a la cara. La expresión dulcísima de sus facciones, no decía lucha, ni anhelos imposibles, ni incertidumbre ni dolor; decía serenidad, dominio de sí mismo, paz alcanzada. Dios sabe a costa de cuantas claudicaciones.

—¿Volverá Nuestro Señor el Marqués?—preguntó Laura.—¡Ay Dios, y qué contento para mí volver a servir al Señor!

—No volveré nunca, nunca...

Y sus ojos sombríos, por encima de las cabezas inclinadas de los siervos, buscaron los de Nolo y Mari-Sol.

Abrieron la puerta y una ráfaga de viento y agua, entró en la cocina. Javier Benalgar subió al coche, empuñó el volante y arrancó el auto entre las sombras y el resplandor de los relámpagos, y el tañido lento y desesperante de la campana, que pedía una oración por el alma maldita de la pecadora, que no podía arrepentirse.

Así acabó la más bella pasión de aquel Marqués famoso que se llamó Javier Benalgar, y que era poeta decadente, católico, sentimental y monárquico absolutista.

¡Desdichada pasión, amor loco y febril, nacido en el ocaso de una vida tormentosa, y destinado a morir como esas estrellas errantes que sólo dejan una estela fugaz en el Cielo de una noche serena!

Lo mismo que esas rosas divinas de pasión que florecen y agonizan en un día de otoño, aroman, con su fragancia lejana el encanto de los viejos parques abandonados, así la sombra de Mari-Sol, conservará siempre, en el alma atormentada de Javier Benalgar, el recuerdo de la única mujer, que a pesar de conocerle y admirarle, no suspiró de amor por él.

FIN.

Antena Literaria

La editorial «Santarén» de Valladolid, ha publicado el libro «Por las Rochas del Tajo», de José Sanz y Díaz.

Ya en caja este número recibimos el ejemplar que, afectuosamente, nos dedica su autor. En el próximo, y en nuestra «Bibliografía» nos ocuparemos con amplitud de esta nueva obra sobre la guerra.

Pedro Pérez Clotet prepara, solicitado por una editorial marroquí, un estudio interesantísimo sobre un tema de gran importancia para nuestra provincia, en el orden histórico.

De momento no podemos anticipar más detalles. Vaya, por anticipado, al ánimo de nuestros lectores, la seguridad de que será un libro de envergadura y documentado.

Muy en breve, estrenará José M.^a Pemán «Lola Triana», su última obra para la escena.

Hemos recibido un ejemplar del diálogo «Unificación» de Jacinto Miquelarena, admirablemente editado por «Ediciones Españolas», con láminas en color de Teodoro Delgado. Al hondo espíritu español que posee su texto, unimos ahora el sabor amable de esta delicada manera de ofrecerlo, que nos recuerda los viejos cuentos de leyenda con que premiaban nuestros afanes escolares de la infancia.

Se anuncia ya la salida de «Mediodía», la gran revista poética del Sur. Será un motivo más de acercamiento a Sevilla, cuya luz tanto nos atrae siempre.

Benjamín Ramos García continúa la preparación de su próximo libro «Rosicleres de Paz».

Jorge Villarín ha publicado una nueva obra: «De los ángeles» con sus más escogidas crónicas sobre la cruzada.

BIBLIOGRAFÍA

"ZIG-ZAG LITERARIO".—José Sanz y Díaz.—Editorial CARTEL: Vigo.

Un libro de Sanz y Díaz editado en Galicia. Un libro rápido, con ese nervio ligero de la Hora, que, generosamente, se ofrece al público en una sed de interiores palabras conocidas. Sanz y Díaz es uno de los escritores del actual momento que con más vigor nos muestra su estirpe sólidamente castellana.

Su lenguaje es claro, como esa serenidad de las plazas de Castilla donde cantan al crepúsculo los niños su canción de fuente y de pájaros, y donde aún alienta el fantasma de una leyenda de los cerros grises. Un lenguaje, además de sencillo, habitual en su prosa. Y este «Zig-zag literario» de Sanz y Díaz es un nuevo mensaje amigo que nos llega, pleno de su voz, desde la tierra gallega. Contiene algunos de sus trabajos últimos, de fuerte vigor periodístico, agrupados certeramente en un bien presentado volumen, por la nueva editorial «Cartel» de Vigo. Pudiera, desde luego, haber sido más perfecta la confección, pero teniendo en consideración las dificultades con que hoy tropieza el arte tipográfico, la publicación de este «Zig-zag» es ciertamente digna de todo encomio. Acogemos en «CAUCES» este nuevo libro de Pepe Sanz y Díaz, y al «zig-zag» de su contenido y su nombre, ofrecemos la línea recta de nuestro brazo en alto.

L. DE B.

"NORMA Y ESTILO".—Delegación Provincial de Prensa y Propaganda de Falange.—Sevilla: 1938. Imprenta de la Gavidia.

Fernando Bruner, camarada antiguo en la Falange, siente una íntima devoción por las clásicas publicaciones. Antes de enjuiciar una obra estudia, prolijamente, su estructura tipográfica. Estamos seguros que quisiera haber vivido en el siglo XV Y haber andado entre *códices* y pergaminos, entre libros color de oro de poniente, a solas con los más altos y castellanos escudos de nuestra época clásica. Enamoradamente. Con un sabor de humanidades en claustro. Bruner ha recogido así muchos de los textos de la Falange: frases, guiones, consultas, textos doctrinales. En unas hojas llamadas «Norma y estilo», es decir: conducta en la más clara ortodoxia de José Antonio. Porque El decía: «Irse creando así un estilo, acelerado hacia la meta» .. En la santa y piadosa lectura de los textos mejores.

Esto debemos a Fernando Bruner, camarada antiguo de la Falange, que sabe del rigor ascético del latín, suprema lengua de la poesía de Horacio.

«Norma y estilo», con orla de viejos escudos heráldicos, es el sabor de las más altas consignas de la Falange clásica

Se han publicado 6 números en magnífico papel pluma, y en la imprenta sevillana de la Gavidia, que un día hiciera los cuadernos de la «Nueva Poesía» de Iaco Infantes Florido.

"HORIZONTE".—Sevilla.—Dirigido por "Romley".—1938.

Hemos comenzado a recibir esta magnífica revista que «Romley» dirige en Sevilla. Es una publicación de alta contextura artística. Generosidad de la técnica, que supera a todo lo conocido hasta hoy. De robusta colaboración nacional y rumbo acelerado y pleno. Fuera de adjetivos. Verdadero «Horizonte» del arte y de las letras.

"ISLA".—N.º 14.—Editor: P. Pérez Clotet.—Talleres M. Martín: Jerez de la Frontera.

Un nuevo cuaderno poético de «ISLA». Que permanece en su luminosa recta lírica. Proa a mayores aciertos. Revista selecta, de minorías inasequibles al desaliento, como las altas tareas reconstitutivas. Colaboran, entre otros, Adriano, Ruiz Peña, Pérez Clotet, Miranda, Pepe Cuevas, Souvirón, Laffón, etc.

Bellísimo grito iluminado de esta «Isla» poética que continúa, frente a todas las dificultades, su misión literaria.

NUEVA INDUSTRIA JEREZANA

Fábrica de Cápsulas y Tubos Metálicos "SAN PEDRO"

CHACON y Compañía

Primera Fábrica Andaluza de Productos de Plomo y Estaño, montada con los adelantos más modernos de la técnica. - - - - -

Fábrica y Oficinas: Méndez Núñez, 8. - Telf. 1928

MANUEL FERNANDEZ Y C.^A, S. L.

ESPECIALIDADES AMONTILLADO VICTORIA - COÑAC PLUS ULTRA
JEREZ QUINA DEL RAMO

JEREZ DE LA FRONTERA

J. FIALLO

Trabajos fotográficos de todas clases.

La más visitada. - - - - -

- - - - - Taller para Aficionados.

SANTA MARÍA, 15.

JEREZ

Tipografía M. MARTIN

José L. Díez, 7. - Tef. 1259 - Jerez

Casa especializada en trabajos para el Comercio y la Industria.

CASA PALACIO

✎✎ Fábrica de losetas y piedra artificial. ✎✎

Artículos sanitarios.—Bañeras.—Lavabos.—Bidets.—Inodoros.—Calentadores.—
Duchas.—Accesorios.—Azulejos de todas clases.—Zócalos de dibujos.—Alicatados
de azulejos finos para cuartos de baño.—Material de construcción.—Instalaciones
de IDEAL CLASSIC.—Proyectos y presupuestos gratis.

Concesionario de URALITA, S. A.

Exposición y Oficina: Plaza General Primo de Rivera, 1. :: Teléfono 1251

Fábrica y Oficina: Calle Sor Eulalia, 40, 45 y 47. :: Teléfono 1274 :: JEREZ

Yo la he bebío,
la mejón manzanilla
y iolé!,
la de «El Rocío».

Yo la he bebío,
la mejón manzanilla
y iolé!,
la de «El Rocío».

Vda. de R. Manjón

Sanlúcar de Barrameda

**ARTURO
REDONDO**

CONTRATISTA DE OBRAS

Materiales de Construcción

TELÉFONO 1858

C Á D I Z



“La Unión y El Fénix Español”

Compañía Española de Seguros

FUNDADA EN 1864

Domicilio legal: BILBAO

Calle ARENAL, n.º 3.

(EDIFICIO DE SU PROPIEDAD)

**SEGUROS de Incendios, Vidas, Rentas
vitalicias, cosechas, transportes, acciden-
tes y otros ramos.**

Subdirector para CÁDIZ y su provincia:

RAMÓN GARCÍA BLANCO

Cánovas del Castillo, 26.

Teléfono 1448

DE NUESTRO P R O X I M O I N D I C E

EL MORO BLANCO	<i>José M.^a Hernández-Rubio.</i>
CANTO DE LAS BAYONETAS.	<i>Francisco Montero Galvache.</i>
A JUAN MARTÍNEZ MONTAÑÉS, DIVINIZADOR	
DE LA MADERA	<i>F. de los Rios y de Guzmán.</i>
LORD KELISU Y YO	<i>Juan Miranda.</i>
EL ATAUD DE CRISTAL	<i>F. Gómez de Travedo.</i>

ORIGINALES DE:

P E M A N
P E R E Z S O L E R O
P E D R O M O N T E R O
J U L I O E S T E F A N I A
L U I S D E B A R J A
Y O T R O S

EDITORES:

Francisco MONTERO GALVACHE
José María HERNÁNDEZ - RUBIO
y Pedro MONTERO GALVACHE

J E R E Z D E L A F R O N T E R A

Ayuntamiento de Madrid



Ayuntamiento de Madrid

TALLERES TIPOGRÁFICOS MANUEL MARTÍN. - JOSÉ LUIS DÍEZ, 7. - JEREZ DE LA FRONTERA